SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Edmundo Kean

COMEDIA DRAMÁTICA

en cuatro actos y seis cuadros

INSPIRADA EN LA CÉLEBRE OBRA DEL MISMO TÍTULO DE

ALEJANDRO DUMAS (padre)

ADAPTADA

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

FÉLIX GONZALEZ LLANA Y JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ



MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

EDMUNDO KEAN

EDMUNDO KEAN

COMEDIA DRAMÁTICA

en cuatro actos y seis cuadros

INSPIRADA EN LA CÉLEBRE OBRA DEL MISMO TÍTULO DE

ALEJANDRO DUMAS (padre)

ADAPTADA

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

FÉLIX GONZALEZ LLANA Y JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Representada en el TEATRO DE LA ALHAMBRA el 21 de Febrero de 1903

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
EDMUNDO KEAN	Sr.	Morano.
PRÍNCIPE DE GALES		Viñas.
ANA DAMBY	Srta.	Valdivia.
ELENA KOEFELD		Plana.
AMY	Sra.	Cob.
OFELIA	Srta.	Mauri.
KETTY		Valentín.
FLORA		Ruiz.
LORD MELWILL	Sr.	Huertas.
SALOMÓN		S. Castilla
EL CONDE DE KOEFELD		Valentín (L)
PISTOL		Porredón.
JUAN		Varela.
PEDRO PATT		Norro.
TOMÁS		Alonso.
DARÍO		Huertas.
BARDOLF		Norro.
POLIZONTE		Alonso.
DAVID		G. Loza.
CRIADO 1.º		Aguado.
IDEM 2.º		Del Cid.
JORGE		Aguado.

Marineros, actores y policías

La acción en Londres.—Epoca 1816

ACTO PRIMERO

Salón lujosamente amueblado de la casa del Conde de Koefeld. Puerta al foro y dos laterales. Muebles ricos. La estancia estará iluminada espléndidamente.

ESCENA PRIMERA

CRIADOS 1.° y 2.° y ELENA por la primera izquierda

CRIADO 1.° ¿Está todo dispuesto?

CRIADO 2.° Todo.

CRIADO 1.° Que no se deje de cumplir ninguna de mis órdenes; la hora de la comida se acerca y los señores condes no gustan de que en sus fiestas se note el menor defecto.

CRIADO 2.° (Viendo aparecer á Elena.) La señora condesa.

CRIADO 1.° Señora. (Al Criado.) Retírate. (Vase el Criado 2.°)

ELENA Veo con agrado, que con tiempo lo tenéis todo prevenido.

CRIADO 1.° Complacer á los señores es mi obligación.

CRIADO 2.° (Entrando de nuevo.) La señora condesa de Gosswill acaba de llegar.

ELENA Que pase en seguida. (Vanse los Criados.)

ESCENA II

ELENA y AMY

ELENA — Cuánto celebro que hayas venido temprano. Así podremos hablar á solas que es siempre mi deseo.

AMY — (Besándola.) También el mío, por lo cual me adelanté á los demás convidados, segura de que mi anticipación te sería agradable.

ELENA — Estás guapísima... No es lisonja... Guapísima.

AMY — No gastes en mí calificativos que te pertenecen. Y además, no sé cómo me encuentras bien, porque ando malucha.

ELENA — Por eso no te he visto en los pasados días en ninguna parte.

AMY — ¿Fuiste anoche al teatro?

ELENA — Sí.

AMY — ¿Qué hacían?

ELENA — *Hamlet.*

AMY — ¿Representaba Joung?

ELENA — No; representaba Edmundo Kean. (1)

AMY — Pues si llego á saber que tenías palco, me convido.

ELENA — Gran noche te perdiste.

AMY — Kean estaría...

ELENA — Sublime, incomparable, arrebatador...

AMY — ¡Qué entusiasmo!

ELENA — Ya sabes que las italianas somos vehementes, y ni admiramos, ni aborrecemos á medias.

AMY — Si no te incomodaras te diría una cosa.

ELENA — Dila sin reparo.

AMY — No; te advierto que después de todo no tiene importancia.

ELENA — Vamos, mujer, no excites más mi curiosidad.

AMY — ¿Te enfadarás?

ELENA — Que no me enfado.

---

(1) Se pronuncia Kin.

AMY Pues bien; se murmura de que vas con mucha frecuencia á determinado teatro.

ELENA ¡Se murmura tanto! Voy al teatro todas las noches en que se representan obras de Shakespeare, es verdad.

AMY Pero dicen que acudes al templo del arte, no por rendir culto al dios de la escena, sino por afición á un sacerdote suyo.

ELENA ¿A Joung?

AMY No.

ELENA ¿A Kemble?

AMY Tampoco. Legítimo sacerdote de Shakespeare, no hay más que uno, Kean.

ELENA ¡Qué locura! ¿Y quién dice que yo?...

AMY Las murmuraciones son siempre anónimas. No faltan nunca, ni una envidiosa que invente una historia, ni una amiga que la propale.

ELENA Ni unos cuantos desocupados que crean lo que se dice.

AMY ¡Enamorarse de un hombre como Kean!

ELENA ¿Pero tú supones que yo siento amor?

AMY Por lo menos se advierte tu afición.

ELENA ¿Por Kean? ¿Y qué tendría de malo? ¡Un gran artista! ¡Un hombre de genio!

AMY Un cómico. Para las gentes de su clase deben estar cerradas las puertas de la buena sociedad.

ELENA Pues cómico es Kemble, y en las representaciones del Duque de York figura en primer término.

AMY Verdad. Pero Kemble no es Kean; sus respectivas representaciones son distintas. Kean tiene, merecidamente, mala fama.

ELENA ¿Es perverso?

AMY Es el héroe de las orgías, del escándalo, del desenfreno. Un don Juan en toda la extensión de la palabra. Enamora á cuantas ve y su frivolidad le aleja de pasiones serias. Gastador sin tino, compite en lujo con el príncipe de Gales; hombre de bajas aficiones, apenas se quita el traje de Ricardo, se viste de nuevo para acudir á las tabernas, donde bebe, disputa y pelea como el último

perdido. Gana mucho, pero es tal su condición, que los deudores le acechan continuamente, y hasta se dice que explota á damas principales recibiendo dones á cambio de su amor.

ELENA ¡Buen retrato has hecho! ¿Y de tal personaje estoy yo enamorada? ¡No me hacen gran favor los que tal suponen! Pero dejemos que las roedores de vidas ajenas se despachen á su gusto... Y á propósito... ¿Cómo está?...

AMY ¿Quién?

ELENA Delmours.

AMY ¡Qué sé yo! ¿Por qué me preguntas por él? ¿Se ha atrevido alguien á decir?...

ELENA *No faltan nunca ni una envidiosa que invente una historia ni una amiga que la propale.* Además, Delmours es un joven guapo, aristócrata, distinguido. No se parece á Kean. Sólo un defecto le encuentro, ¡alguno había de tener! ¡Es algo indiscreto!

AMY ¿Indiscreto? ¿Por qué? ¡Ha dicho!...

ELENA Nada, por Dios: ¿qué había de decir? ¡Son bromas mías!

AMY (Variando de conversación.) ¿Cómo no fuiste al baile del Duque de Nortlumberland? Te eché de menos. Quería presentarte á la Duquesa de Devonshire.

ELENA Gracias por tu recuerdo, pero la duquesa ha invitado á mi marido como embajador de Dinamarca, y pienso tener el gusto de saludarla.

AMY Y á propósito de tu marido. ¿Dónde está el ilustre embajador?

ELENA Le has evocado, porque aquí le tienes.

ESCENA III

DICHOS y el CONDE DE KOEFELD seguido de un criado, el cual hace mutis en cuanto recibe las órdenes de su amo

CONDE (Al criado.) Que salgan estas cartas hoy mismo, porque son urgentes. (Viendo á Amy.) Mi querida Condesa...

AMY — Al fin la diplomacia cesa y podemos contar con el amigo.

CONDE — Todos los soberanos de Europa tienen que ceder el paso á la reina de la hermosura.

AMY — ¡Lisonja de cancillería!

ELENA — Ha dejado de ser diplomático para ser veraz.

AMY — Sí, pero ya sabes que la costumbre es una segunda naturaleza.

CONDE — ¿Cree usted que los diplomáticos fingimos?

AMY — Eso cuenta la fama.

CONDE — Pues entonces para ser con usted diplomático voy á tener que llamarla fea.

ELENA — Y nadie va á creer esa mentira.

AMY — ¿Tú también? No sé cómo voy á contestar. ¡Lástima que en la diplomacia no figuren las mujeres!

CONDE — ¡Pero si figuran! Apenas hay mujer que no vaya ó venga con alguna embajada.

AMY — (A Elena.) ¡Precioso abanico! (Refiriéndose al que Elena tiene.)

ELENA — Regalo del Príncipe de Gales.

AMY — Regalo digno de un Príncipe.

CONDE — ¿Y el Conde de Gosswil?

AMY — No ha podido venir. No puede separarse de lord Melwill.

CONDE — ¿Es verdad que se casa lord Melwill?

ELENA — ¿Con quién?

AMY — Con Ana Damby. No es persona de viso.

CONDE — (A Elena.) Tú la conoces. Es una joven, muy hermosa por cierto, que ocupa siempre en el teatro el palco que está frente al nuestro. Una admiradora de Kean.

AMY — (A Elena.) Como tú.

CONDE — Como todos.

AMY — Y á propósito, me he tomado la libertad de pedir á Elena que me conceda un sitio en el palco... Quiero también figurar en la falange que aplaude al gran artista

CONDE — ¿A Kean, el actor extraordinario, genial, incomparable?

AMY — Al mismo.

CONDE — Pues esta noche le conoce usted personalmente.

ELENA — ¡Esta noche!

CONDE Le he convidado á comer con nosotros.

ELENA Sin advertírmelo.

CONDE Supuse que no te desagradaría.

AMY ¡Invitar á Kean, á un cómico!

CONDE Imito al Príncipe de Gales que le favorece con su amistad. Además, mi convite no es desinteresado. Nosotros invitamos á los grandes artistas, como los antiguos admitían en su intimidad á los bufones. Vendrá Kean y le oiremos decir de sobremesa una de las escenas con que entusiasma al público.

ELENA Con todo, debiste advertirme á tiempo que pensabas en tal invitación.

CONDE Preparaba una sorpresa al Príncipe de Gales... Ustedes me han obligado á descubrir el secreto.

ELENA Pues siento que venga á esta casa Kean.

CONDE ¿Gustándote tanto?

ELENA Me gusta como actor; puesto en el escenario, y de lejos.

AMY De cerca los hombres notables pierden mucho.

CRIADO (Entrando.) Esta carta para el señor Conde. (Vase.)

CONDE Con su permiso, Condesa. (Después de mirar la carta y leyendo.) ¡Ah! Es de Kean. «Señor Conde de Koefeld. Mi respetable señor. Un asunto urgente me priva del placer de aceptar su honrosa invitación. Le ruego me perdone esta falta, y póngame á los pies, que beso, de la señora Condesa, etc.»

ELENA (Aparte.) ¡Ah, respiro!

CONDE ¡Qué cosa tan inesperada! Un cómico desdeñando un convite del Conde de Koefeld, el embajador de Dinamarca; porque esta carta es de pura fórmula; Kean no quiere venir á mi casa, es indudable.

AMY ¿Usted cree?

CONDE Si sabré yo lo que son fórmulas. ¡No ve usted que soy diplomático!

CRIADO (Anunciando.) Su alteza real el Príncipe de Gales. (El Criado, después de dejar paso al Príncipe, hace mutis.)

ESCENA IV

DICHOS, PRÍNCIPE DE GALES, que entra riendo

PRÍN. ¡Pero qué lance tan gracioso! Perdón, señoras. (Saludándolas.) Por mi jovialidad... querido Conde.

CONDE ¡Alteza!

PRÍN. Acabo de enterarme del lance más divertido... Pensando en él, me ha entrado esta risa que ustedes tendrán que perdonarme.

ELENA Perdonado, más con una condición; la de que su alteza nos cuente lo sucedido, si se puede contar.

PRÍN. ¡Cómo si se puede! ¡Ya lo creo!

ELENA Por supuesto, que á lo mejor se tratará de una invención graciosa del Príncipe.

PRÍN. ¡Juro que es verdadera la aventura!

AMY. Aunque sea falsa, siendo picante, ya tiene lo necesario para difundirse.

PRÍN. Pues bien, ¿ustedes conocen á lord Melwill?

ELENA Lo conocemos.

PRÍN. Melwill tenía concertada su boda con una joven rica, no aristocrática, pero hermosa y sobre todo millonaria, que es hoy por hoy la nobleza que más se estima.

AMY Un buen partido.

PRÍN. Es decir, un partido no político. Melwil se iba á casar esta noche.

CONDE Lo sabíamos.

PRÍN. Había hecho todos los preparativos propios de una boda. Puso una casa espléndida compró coches, caballos y sobre todo anunció á sus acreedores que cobrarían, y después de este prólogo, vestido ya para la solemne ceremonia, se fué al templo. ¡La novia no había llegado! La esperó el novio, la esperaron los testigos, pasó la hora convenida y lord Melwil impaciente, fuese en busca de su prometida, y se encontró...

ELENA ¿Con que estaba enferma?

PRÍN. Se encontró conque no estaba. La joven rica y hermosa había desaparecido. ¡El pájaro había volado y el infeliz amante recorrió en vano la jaula vacía!

ELENA Lo comprendo todo. Desesperada, al ver que la casaban con un hombre que sólo la quería por sus millones, adoptó una resolución extrema. ¡Es posible que se haya suicidado!

AMY ¿Se habrá arrojado al Támesis?

PRÍN. Graciosísimo... ¿Quién piensa en suicidios ni en aventuras trágicas? La prometida de lord Melwill se ha escapado con otro.

CONDE ¡Antes de la boda! ¡Parece imposible!

PRÍN. La joven cándida en vez de ponerse el traje de boda, se puso el de viaje y escapó. ¿Con quién dirán ustedes que acaba de escaparse?

ELENA ¿Conocemos al galán?

PRÍN. ¡Ya lo creo! Es uno de los hombres más ilustres de Inglaterra.

CONDE ¿De alta alcurnia?

PRÍN. Le trato con familiaridad. No es aristócrata, ni de sangre real, y sin embargo, ciñe corona que yo mismo envidio. Vive en la grandeza y al mismo tiempo es popular.

AMY ¿Y se llama?

ELENA Por Dios, Príncipe, que nos impacientamos.

PRÍN. Se llama Edmundo Kean.

AMY ¡El cómico!

ELENA ¡El artista!

PRÍN. ¡El genio!

CONDE ¿Y esa aventura, ha ocurrido?

PRÍN. Hace una hora.

CONDE Ya me explico la carta... Un asunto urgente. ¡Y tan urgente!

PRÍN. ¡Dónde urgencia mayor que la de soplarle la dama al ilustre Melwill!

ELENA ¡También Kean se ha alucinado por el oro de esa rica heredera!

AMY (Con intención.) ¿Y por qué no ha de ser el amor el que le haya inspirado?

PRÍN. El amor fué, ¡quién lo duda! Conozco á Kean. Desprecia el dinero. Hasta en eso es grande.

ELENA (Aparte.) ¡Dios mío!

CONDE — Pues yo ahora celebro que haya rehusado el convite. Es peligroso ese Kean.

AMY — Es afortunado. Consigue elevarse hasta damas principales.

PRÍN. — No; son las damas las que descienden hasta él.

ELENA — (Aparte.) Me ahoga la emoción.

CONDE — ¿De modo que Melwill...?

PRÍN. — Con dos palmos de narices.

AMY — ¿Y la novia?

PRÍN. — Con Kean. Viajando, de fijo. Ya me los figuro, camino de Liverpool, entregados á las delicias del amor, olvidándose de Londres... de sus brumas...

CRIA. 2.º — (Anunciando.) El señor Edmundo Kean.

PRÍN. — ¿Kean?

ELENA — ¿Kean?

CONDE — ¿Kean? (Todos con grandes muestras de admiración.)

PRÍN. — ¡Sorpresa mayúscula!

AMY — ¡Otra audacia!

ELENA — (Aparte.) Estoy temblando

CONDE — (Al Criado.) Que pase el señor Kean. (Se retira el Criado y aparece en el fondo Kean, correctamente vestido de etiqueta.)

ESCENA V

DICHOS y KEAN

KEAN — Señoras... señor Conde... Ante todo su absolución por mi aparente informalidad, que explicaré; después permítanme que les ofrezca el homenaje de mi saludo. (Reparando en el Príncipe.) ¡Ah, vuestra alteza aquí! ¡Siempre á sus órdenes! (Haciéndole una reverencia.) Y ahora les digo de nuevo que perdonen lo extraño de mi conducta. Ustedes me honraron invitándome á su mesa y á su honrosa invitación he respondido de manera tan extraña...

CONDE — Extraña, sí, esa es la palabra: porque en efecto, no esperábamos ya contarle en el número de nuestros invitados, después de recibir su carta...

KEAN Cuando la escribí estaba persuadido de la imposibilidad de acudir esta noche á esta casa; después un suceso inesperado, algo que se me impone con fuerza irresistible me obliga á cambiar de resolución y me trae hasta estas puertas, que yo franqueo, confiando en la amabilidad de ustedes para cumplir un deber ineludible.

CONDE Le repito que ya no le esperábamos. No solo por su carta excusándose de aceptar la invitación, sino también porque se ha dicho algo respecto de una aventura en que el nombre de usted interviene.

KEAN Pues eso que se ha dicho; eso, que de seguro se dice ahora, lo que acaso se dirá mañana, es lo que me trae á esta casa.

PRÍN. ¡Demonio!

KEAN Contra el demonio vengo para destruir sus malas artes, porque obra suya son, sin duda, las falsas interpretaciones de los hechos, detrás de las cuales suele ocurrir que mujeres honradas pierden su reputación y que aparezcan logrando triunfos mentidos hombres que no necesitan más victorias que las suyas.

PRÍN. A cada cual lo que le pertenece.

KEAN Ya sabe vuestra alteza que no me agradan laureles que no he conquistado. ¡Me bastan los míos!

CONDE Pero yo no acierto todavía á explicarme lo sucedido.

KEAN Pues es muy sencillo. La señorita Ana Damby prometida de lord Melwill, estuvo hace poco en mi casa.

AMY ¿Estuvo?

KEAN Sí, señora, estuvo en mi casa. Sospecho que si alguien la vió entrar, ese alguien no esperó á verla salir, y bastándole lo primero para forjar una historia escandalosa, con impaciencia malsana supuso que allá, en mis habitaciones, entregada al amor, entreteníase la doncella, cuya fama debe quedar incólume, lo juro solemnemente puesta la mano sobre mi corazón, si hay necesidad de tales

fórmulas para destruir acusaciones calumniosas.

ELENA ¿De modo que esa señorita?...

KEAN Poco despues de entrar en mi casa, salió de ella, sola. La disculpable ligereza, comprometerá su buen nombre y hé aquí el motivo principal de mi visita. Usted, señor Conde, me ha honrado invitándome á sus salones y me ha parecido que la mejor manera de agradecerle su fineza, es pedirle que ante Londres entero justifique á esa joven y me justifique también. ¡Honor por honor!

CONDE ¿Justificarse usted? Su inocencia es evidente y su palabra de usted bastará para que nadie dude de la señorita que le ha visitado.

KEAN ¡Mi palabra! Señor Conde, yo me hago cargo de mi verdadera situación. Mi palabra basta para mis compañeros, para mis amigos íntimos, para los que saben que Kean no hace comedias más que en el teatro, y que fuera de la escena rinde culto continuo, sin desmayos ni dudas, á la dignidad. Pero el mundo que me conoce por mi fama artística, mezclada con alguna otra no tan buena, acaso vea en mis protestas favorables á esa señorita un motivo para acusarla. Hace falta que una persona de prestigio irrecusable fíe lo que dice el cómico, después de conocer la prueba que poseo.

ELENA ¡Una prueba!

KEAN Que usted, señora Condesa, puede examinar.

PRÍN. ¿Y esa prueba es...?

KEAN Una carta de la señorita Ana Damby.

CONDE Pues léala; nosotros la oiremos y...

KEAN Perdone usted. Un secreto, del cual dependen la felicidad, el porvenir y acaso la vida de una mujer, sólo otra mujer debe conocerle. Hay misteriosas delicadezas del corazón que nosotros los hombres no comprendemos. Permítanme ustedes que yo entregue á la señora Condesa el papel que revela el enigma. Ella después emitirá su opinión,

á su juicio nos atendremos y de él fío que evidenciará la inocencia puesta en entredicho. Si este secreto fuese mío, lo divulgaría y estoy seguro de que el mundo entero al escucharme despreciaría la fábula de que Kean se ha escapado con la prometida de Lord Melwill.

PRÍN. ¿Y mi alcurnia no me da derecho á enterarme?

KEAN Alteza, la discreción proclamó hace tiempo que ante los secretos, todos los hombres son iguales.

CONDE Si la Condesa acepta la misión, por mí, no encuentro inconveniente.

ELENA Yo no sé...

KEAN Se lo suplico (Amy, el Príncipe y el Conde se retiran hacia la derecha.)

AMY Enterándose Elena, se lo dirá á usted.

PRÍN. Y usted nos lo dice á nosotros.

CONDE Tratándose de una cosa reservada...

PRÍN. Pero que no interesa á las relaciones internacionales.

AMY Un embajador debe enterarse de todo.

PRÍN. Para contárselo después á todo el mundo

ELENA (Con cierta intención.) Puesto que esa carta puede justificar la conducta de usted, la leeré.

KEAN (Sacando un pliego y entregándoselo á Elena con gran emoción) Esta es. ¡Gracias!

ELENA (Leyendo. El grupo del Príncipe, Amy y el Conde, en el extremo contrario cuchicheando. Kean, cuando lo indique el diálogo, se separará de Elena para unirse al grupo, pero siguiendo con la mirada los efectos de la lectura.) «Señor Kean: he venido á verle y no »le he encontrado. Aunque no tengo el ho- »nor de conocer á usted, necesito hablarle, »porque de nuestra entrevista depende mi »porvenir. Le ruego que me facilite mañana »ocasión de satisfacer mi deseo.— Ana »Damby.» (Devolviendo el papel á Kean con visible alegría.) Gracias, muchas gracias... por su confianza... ¿Usted ha contestado.. ?

KEAN Vuelva usted la hoja y encontrará la respuesta. (Kean se retira hacia el grupo.)

ELENA (Leyendo.) «No sabía, Elena, cómo tener la

»dicha de ver á usted. No me he atrevido á »escribirla.» (Suspendiendo la lectura.) ¡Dios mío! (Prosigue.) «¡Son tan rápidos los momentos »en que puedo gozar la dicha de verla!» (Vuelve á suspender la lectura.) ¿Qué es esto que yo siento?

KEAN (Acercándose á ella.) Siga usted, por Dios, siga usted. Conozca el secreto por entero. Hablan al alma esos renglones. (Volviéndose de nuevo al grupo y como siguiendo la conversación interrumpida.) Pues sí, señores, en aquel trance...

ELENA (Leyendo.) «Ya sé que sueño al pedir que me »facilite una ocasión de hablarla sin testi- »gos. Ya sé que aun contando con su volun- »tad hay dificultades grandísimas, pero dé- »jeme soñar y deje también que yo dé por »vencidos los obstáculos. El despacho de »billetes del teatro en que yo trabajo está »encargado á un hombre que es de toda mi »confianza. Para pedir un billete no es extra- »ño que cualquier persona entre en aquella »habitación, en la cual he abierto una puer- »ta secreta que comunica directamente con »mi cuarto... ¿Tendré yo la dicha de que la »primera vez que represente, me visite una »dama principal aprovechando la puerta se- »creta, cubriéndose con un velo y llevando »la felicidad al más enamorado de los hom- »bres?» ¡Qué emoción!

KEAN ¿Ha concluído usted?

ELENA Sí, tome usted su carta.

KEAN ¡Ah, gracias, gracias!

AMY (Acercándose.) Bueno, ¿y qué?

PRÍN. (Idem.) ¿La prueba es decisiva?

CONDE (Idem.) ¿Te ha convencido?

ELENA El señor Kean es inocente y la señorita Ana no ha faltado á sus deberes.

KEAN Gracias. Ya sabía yo que de la señora Condesa dependía mi suerte. No en balde fiaba en su gran corazón.

ELENA (Acercándose á él.) Caballero, por Dios.

KEAN Y ahora, después de cumplido mi propósito, permítanme ustedes retirarme.

PRÍN. ¡Contento!

KEAN — Dice bien, su alteza, contento. No sé por qué á punto fijo, pero siento aquí, dentro de mi alma, que renace la alegría oculta antes entre pesares, así como si fuese el sol que al romper las nubes que le obscurecían, aparece de nuevo esplendoroso. Sí, me voy contento y agradecido. (*Saludando á Amy.*) Señora.... (*A Elena.*) Permita la señora condesa (*Besándole la mano y aparte.*) ¡Elena! ¡Señor Conde, me pongo por entero á sus órdenes!... Alteza, siempre su servidor leal... Y perdonen una vez más mi extraña visita, pero la necesitaba mucho. ¡Ah, qué gran bien he recibido! (*Haciendo una profunda inclinación.*) ¡Señores! (*Aparte.*) ¡Vencí!

CONDE — ¡Qué hombre tan extraño!

AMY — ¡Y es simpático!

ELENA — (*Aparte.*) ¡Me han vendido los ojos!

PRÍN. — (*Aparte.*) Kean vino á esta casa con algún propósito distinto del que ha manifestado, y yo lo he de averiguar.

CRIADO 1.º — (*Apareciendo.*) Los señores condes están servidos. (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en la casa de Kean. Puertas laterales y foro. En la izquierda balcón cerrado. Al levantarse el telón la escena está á obscuras y todo en ella revuelto. Sobre la mesa platos, vasos y botellas vacías y el mantel manchado y caído de un lado. Los demás muebles de la estancia en desorden. Kean, con una botella en la mano, duerme sobre una «Chaisse-longue». Tomás duerme sobre el suelo. Bardolph duerme también cabalgando sobre una silla. David está echado de bruces sobre la mesa. Los cuatro personajes aparecen separados. Les rindió el sueño al final de una orgia y todos ellos sienten aún los efectos de la bebida.

ESCENA PRIMERA

KEAN, TOMÁS, BARDOLPH y DAVID, durmiendo. SALOMÓN y PISTOL que entran á tientas

SAL. (En voz baja.) Espérate... No hagas ruido. El señor Kean está descansando. Anoche no tuvo función porque se sentía fatigado y de seguro que duerme,..

PISTOL. (Hablando en voz baja.) Aquí espero.

SAL. ¡Chist... más bajo! ¿No te he dicho que no hagas ruido, animal?

PISTOL (Exagerando la media voz.) Aquí espero.

SAL. No; es mejor que entres... Anda... Cerraremos la puerta. (Hace pasar á Pistol y cierra la

puerta.) Pasa. (Llevándole de la mano.) Cuidadito... Como hagas ruido te echo. (Amenazándole.)

PISTOL No hago nada.

SAL. Estás en casa de Kean, el ilustre artista, el genio, el sol de Inglaterra.

PISTOL ¿El sol? Pues yo no veo ni gota.

SAL. ¡Y qué importa que tú veas ó no, pigmeo! Kean es un genio; su poderoso talento deslumbra á la patria, la enorgullece, la eleva.

PISTOL (Al andar tropieza con un mueble.) ¡Ay! Ahora sí que he visto las estrellas.

SAL. ¿Que el gran Kean se ha divertido mucho? ¡Y qué! Ahora hace vida de monje, ni se le ve en las tabernas, ni celebra orgías, ni se emborracha. ¡Está hecho un santo!... Voy á abrir el balcón.

PISTOL Sí, abra usted, porque yo en las sombras me mareo.

SAL. Aguarda un momento. (Abre el balcón y la escena se ilumina. Al ver el cuadro que se presenta ante su vista, quedan asombrados Salomón y Pistol.) ¡Qué cuadro!

PISTOL La tormenta ha debido ser buena. (Salomón examina á los tres que duermen y Pistol á Kean.) ¡El santo duerme la mona!

SAL. Y estos micos la duermen también. Y decía el ilustre Kean que se había corregido. En este mes ha celebrado ya seis fiestas de esta clase.

PISTOL Bueno, pero estamos á siete.

SAL. Que un hombre que es gloria de su país, alterne con estos sinvergüenzas. Ahí los tienes: tres racionistas de la compañía revueltos con su director, como si fueran sus iguales.

PISTOL Ante el vino, no hay más clases que las clases de vino.

SAL. Pues ya verás tú como despacho á estos granujas, para que cuando el señor Kean despierte, no tenga el disgusto de encontrárselos... Ya verás... (Despertando á Tomás.) ¡Eh, amigo!

TOM. (Desperezándose.) ¿Qué pasa?

SAL. No hables alto, que duermen á tu lado esos.

TOM. Pero, ¿qué quieres?
SAL. Decirte una cosa. Al llegar me he encontrado al actor Bitter.
TOM. Valiente tonto, presume de guapo y le gusta que le llamen el niño bonito.
SAL. Pues te quiere contratar para una compañía que forma, aumentándote el sueldo.
TOM. (Incorporándose.) No, si Bitter es un muchacho listo. ¿Y dices que me busca?
SAL. Sí.
TOM. ¿Dónde estará?
SAL. Yo le he enviado á casa de Alicia... como sueles pasar allí las noches...
TOM. ¿A casa de mi novia? ¡Ese figurín! Corro á ver si le alcanzo antes de que la vea.
SAL. Poca confianza tienes en ella.
TOM. Por si acaso. (Vase.)
SAL. Uno. Ahora este. (Sacudiendo á David.)
DAVID ¿Quién?
SAL. Despierta.
DAVID ¿Qué quieres?
SAL. ¿No vives en el número veinte de esta calle?
DAVID Sí, ¿y qué?
SAL. Pues que en tu casa hay fuego.
DAVID ¡Mil bombas! (Incorporándose de pronto.)
SAL. No tantas; pero algunas hay para apagar el incendio.
DAVID ¡Fuego en mi casa y yo aquí tan tranquilo!
SAL. ¿Tienes muchos muebles?
DAVID Un jergón, pero si se me quema ya no le tengo... Conque abur.
SAL. Adiós, hombre, y no te apures... Tú vives en la guardilla y el fuego está en la cueva. (Vase David.) ¡Dos! Y ahora vamos con el otro. Este es de más cuidado... Este es un matón.
PISTOL ¿A quién mata?
SAL. Mata los papeles que le confian los autores. (Despertándole.) ¡Bardolph!
BAR. ¡Atrás!
SAL. Arriba, hombre.
BAR. (Como entre sueños.) Al que me toque le atravieso.
SAL. ¡Despierta!
BAR. ¿Qué ocurre?

SAL. Que si continúas durmiendo vas á quedar como un cobarde.

BAR. ¡Cobarde yo! ¿Por qué?

SAL. Porque tienes concertado un desafío para esta mañana. Anoche pegaste á uno y quedó convenido el lance para hoy. Tus padrinos son Tomás y David. No han logrado espabilarte y se han ido para decir á tu contrario que no acudes al terreno.

BAR. ¡Que no acudo! ¿Dónde es la cita?

SAL. En Hyde Park.

BAR. ¿Y el arma?

SAL. El sable.

BAR. Figúrate, á sable conmigo... Reza por el alma de mi adversario... (Vase.)

SAL. ¡Y tres! Ahora despertemos al rey de la escena. (Pistol se acerca á Kean y quiere quitarle la botella que tiene en la mano.) ¿Qué haces?

PISTOL Voy á ver si el rey suelta el cetro.

SAL. No, no le toques. A éste hay que tratarle con mimo. (Contemplándole.) ¿No parece mentira que un tan ilustre señor se encuentre en situuación tan lamentable?

PISTOL No somos nada. Bebe un genio y se emborracha como un cualquiera.

SAL. Aquí, donde le tienes, se codea con la aristocracia, es amigo del Príncipe de Gales, la gloria le eleva...

PISTOL Y el vino le hace caer.

SAL. Eh, señor Kean... (Levantando algo más la voz.) Señor Kean, (Idem.) señor Kean...

PISTOL (Dando un grito.) ¡Señor Kean! (Salomón se vuelve á Pistol sobresaltado y Kean se incorpora de pronto mientras Pistol se oculta en un ángulo de la estancia.)

KEAN ¿Quén me llama?

ESCENA II

KEAN, SALOMÓN y PISTOL

KEAN ¡Demonio, me he dormido sin desnudarme! ¡Y no estoy en la cama! (Mirando la botella que tiene en la mano y la tira.) ¡Ya lo comprendo! (Re-

parando en Salomón.) ¡Hola, viejecillo! ¿Tú por aquí?

SAL. Perdone usted. Le hemos despertado.

KEAN No, sí me alegro. ¿Qué, vas á reñirme porque vuelvo á las andadas?

SAL. Me había usted prometido...

KEAN No te fíes de promesas, viejo, ven aquí. (Tratándole con cariño.) No te fíes de promesas, repito. Yo tengo muy buenos propósitos por la mañana, al medio día los propósitos desfallecen y mueren al anochecer. ¡Y luego las botellas son tan provocadoras! Parece como que te miran diciéndote... Guardamos aquí, dentro de nuestras panzas, unas delicias... ¡si las probaras!... ¡Claro! y uno las prueba. El primer trago es el pecado original, malo pero sabroso... Y después del primero, el segundo, el tercero, el cuarto, el vigésimo... el millar, hasta que el cerebro se te llena de lucecillas brillantes, el corazón de alegrías indescriptibles, y el cuerpo cae rendido por el peso abrumador del placer...

SAL. ¡No beba usted, señor Kean! (Conmovido.)

KEAN Bueno, procuraré complacerte... A ver, que se lleven esas botellas en seguida.

SAL. Esas están vacías.

KEAN Pues por lo mismo digo que se las lleven... Una botella desocupada me parece el cadáver de una querida... Pero oye, querido Salomón, me ha parecido oirte que antes decías: *le hemos* despertado... ¿Por qué *hemos*?... ¿Hablas ya como los próceres?

SAL. Es que no vengo solo... Perdóneme la confianza.

KEAN Tú puedes tomarte conmigo todas las confianzas que gustes. Tú eres amigo mío de veras, un amigo leal... un perro. ¡Y si vieras qué gusto da tener un perro amigo cuando se tiene que tratar á las personas!...

SAL. Pues sí; vengo con Pistol, un buen muchacho, á quien quiero mucho. (Volviéndose hacia Pistol.) Ven acá, chico, ven. Que te vea el señor Kean... Es el gracioso de la compañía que dirige Ketty la Rubia.

KEAN ¡Un compañero! Adelante y venga esa mano.

PISTOL ¡Señor Kean!

SAL. ¡Te ha llamado compañero!

KEAN Y lo es. ¿Porque figura en una compañía de último orden voy á regatearle un título justo? Cuanto más humildes los cómicos más compañeros míos. Qué sé de la lucha artística, yo, que declamo ante reyes, príncipes, condes y duques, que vivo espléndidamente, derrocho el oro y ejerzo la tiranía de lo excepcional... Saben lo que es lucha, los infelices que van de pueblo en pueblo, sacerdotes del arte, llenos de privaciones, que á veces mueren en un rincón de hambre de pan que mata al cuerpo y de hambre de gloria que destroza el alma.

SAL. ¡Qué corazón tan grande!

PISTOL (Enternecido también y queriéndole besar la mano.) Gracias, gracias, señor Kean.

KEAN (Transición, mirando á Pistol.) ¡No dice mal las frases sentidas!

PISTOL Pues soy gracioso... Y eso que los dramas me gustan.

KEAN Son muy tristes.

PISTOL Y, sin embargo, me gustan.

KEAN Pues yo te envidio. Tus papeles son de poco lucimiento, pero agradables. ¿Tú crees que la sociedad merece que finjas lágrimas, celos, amor, odios, ira y felicidad? Estás equivocado. Es mucho mejor contestar á las pasiones que rujen en el mundo con chanzas y burlas. ¿Que se pelean los hombres entre sí? Pues un chiste. ¿Que se revuelven airados? Una mueca. ¿Que se ponen solemnes? ¡Una cabriola! (Todo esto lo dice Kean añadiendo la mímica á la palabra.)

PISTOL ¡Si yo fuera como usted, señor Kean! Aplausos, vítores, coronas, agasajos...

KEAN Bah... Zarandajas, ruido que se desvanece, humo que se disipa... Me gasto lo que cobro, se me acaba la voz, pierde su fuerza mi entendimiento, y á un rincón. Ya eres viejo, á morirte... come coronas si no tienes cosa

mejor... Aliméntate con recuerdos... La gloria no besa más que á los cómicos jóvenes... No me hables de apoteosis. Las más verídicas son las que componemos en los escenarios con telas pintadas y luces de colores.

SAL. No se achique tanto el señor Kean. El mismo Príncipe de Gales le envidia.

KEAN. Porque los papeles que representa son más difíciles que los míos, ¡Rivalidades del oficio!

PISTOL Pues yo diera media vida por ser la mitad de lo que es usted.

KEAN Entonces ya comprendo el motivo de tu visita. Quieres que te dé lecciones de actor dramático.

PISTOL Quiá, no señor.

SAL ¡No faltaba otra cosa!

KEAN Pues entonces...

SAL A pedir viene, sí.

PISTOL A pedir un honor.

KEAN Pues mira, muchacho, yo no tengo más que uno. Y ese le necesito.

SAL. ¡Qué ocurrente!

PISTOL El caso es que no me atrevo.

KEAN ¿Cortedad en un cómico?

PISTOL No, pues en el escenario no me azoro nunca. Digo mis papeles con aplomo y pongo chistes de mi cosecha.

KEAN Pues entonces; figúrate que representas. Venga el recitado. (Sentándose.) Yo soy el público. Salomón puede hacer de alabardero. ¡Arriba el telón!

PISTOL Es el caso que en mi casa hay muchas necesidades, hay escasez, hay miseria...

KEAN Es decir, todas las cosas que hay cuando no hay.

PISTOL Yo gano poco, mi padre gana poco, somos trece hermanos...

KEAN ¡Trece, caramba! Fecundos son tus padres. Para autores dramáticos no tenían precio.

PISTOL El décimo tercero de mis hermanos nació hace tres días y mi madre tiene el deseo de que le apadrine un personaje, porque como hace el número trece y este número es fa-

tal, poniéndole bajo el amparo de un protector se augura su suerte.

KEAN Bien pensado.

PISTOL Quisimos hacer una solicitud á la reina, otra al Príncipe de Gales... pero yo pensé... Para un niño de una familia de cómicos no hay padrino más ilustre que el Sr. Kean... Y á usted acudo... ¿Sería usted tan bueno?...

KEAN Concedido. No hay más que hablar. Yo apadrino al vástago décimotercero. ¿Tenéis madrina buscada?

PISTOL No señor.

KEAN Pues que lo sea Ketty la Rubia. La actriz de tu compañía. ¿Querrá?

PISTOL ¡Cómo si querrá! Loca de alegría se pone en cuanto le participe la noticia... Gracias, señor Kean... Y corro á mi casa á dar la buena nueva... Mi padre decía que la petición era una locura... Ahora verá... Señor Kean, gracias. (Medio mutis.)

KEAN Pero, eh, tú, ¿dónde vas? Hay que disponer la ceremonia. Tú llevas la noticia, pero en tu casa hace falta dinero. (Se registra los bolsillos y saca uno lleno de oro, que entrega á Pistol.) Toma el que tengo.

PISTOL Dios mío, ¿qué hago yo con tanto oro?

KEAN Comprar al recién nacido las galas necesarias, darle á la madre lo que necesite y disponer el *gaudemus* que celebraremos.

PISTOL ¿Dónde?

KEAN Mañana, en la taberna de Pedro Patt; ¿te parece bien?

PISTOL ¡Admirable! A esa taberna concurren los marineros.

KEAN No importa; nuestra fiesta será democrática, pero sustanciosa. ¡Ah! Y de ese niño yo me encargo.

PISTOL Adiós, señor Kean, adiós.

KEAN Corre, hombre, corre.

SAL. Y yo con él.

KEAN Salud, viejo... Y en albricias de esta buena obra que me has proporcionado te prometo ser sobrio... un día... el del juicio final. (Vanse Salomón y Pistol.)

ESCENA III

KEAN

Anochecí entre los placeres del vicio y amanezco entre los del bien que son mejores... Así Dios me perdonará mis extravíos, pensando en que á pesar de ellos tengo buen corazón... Las obras caritativas son un convite en el cual se goza mncho más que en otros de especie distinta. Se sientan á nuestra mesa varios comensales, se hartan de manjares sabrosos, se embriagan con nuestros exquisitos vinos y su alegría no parece nuestra. Celebramos un banquete con la bondad, les ofrecemos acciones provechosas á nuestros semejantes, y el gozo inunda nuestro espíritu y la felicidad se desborda en nuestro corazón. ¡Señor! ¿Cómo pueden considerarse felices los que no son buenos y generosos? ¡Y aun ese infeliz Pistol me daba las gracias! ¡Un rasgo de bondad que disipe mis locuras! ¡Un momento de razón que me sugiera el olvido de mis extravíos! ¿Dónde mayor regalo para quien vive en la agitación de las pasiones? ¿Dónde mayor ventura para quien se siente muchas veces adormecido por el tedio? (Suenan golpes.) Adelante.

ESCENA IV

KEAN y SALOMÓN

SAL. (Entrando.) Señor... Una dama que se cubre el rostro con un velo, desea hablarle.

KEAN ¿No ha dicho su nombre?

SAL. Dice únicamente que estuvo ayer aquí y que no pudo ver al señor.

KEAN Ana Damby. Que pase en seguida... Pero antes recoge todo eso, viejo... y en seguida que entre. (Salomón recoge apresuradamente todo lo que hay sobre la mesa y lo oculta debajo de ella.)

ESCENA V

SALOMÓN, ANA y luego KEAN

SAL. Pase la señora y tenga la bondad de aguardar unos instantes. (Vase.)

ANA Esta bien. (Al marcharse el criado se descubre.) ¡Valor! Le he tenido para entrar en esta casa y le necesito para decir lo que deseo. (Después de una pausa, se sienta recelosa en el filo de una silla, mira hacia todos lados; al notar que nadie viene se tranquiliza y observa con cuidado todos los objetos que hay en el cuarto; después mira y ve que debajo de la mesa hay botellas, levanta con cuidado una punta del tapete y lo suelta con ademán cómico. La actriz empleará en esta escena mímica, todo el tiempo que juzgue necesario. Sale Kean.)

KEAN (Apareciendo.) Señorita...

ANA Señor Kean.

KEAN Mucho sentí no encontrarme en casa cuando usted la honró con su primera visita. En la segunda, espero que usted me perdonará por haberla producido involuntariamente una nueva molestia. (Aparte.) ¡Y es hermosa!

ANA Comprenderá mi turbación. Es tan anómalo lo que hago... Pero confío en su bondad. No vengo sólo á ver al gran artista, sino al caballero.

KEAN Como tal me pongo á sus órdenes. Algún motivo imperioso la mueve á honrarme con su presencia. Hable usted con la seguridad de que sus palabras encontrarán en mí el más respetuoso oyente.

ANA Su noble acogida me presta los alientos que necesito, porque vengo á solicitar un favor.

KEAN Un favor, solicitado por usted, es un mandato para mí.

ANA Nada de galanterias

KEAN Digo lo que siento... Aunque en verdad me extraña que pueda solicitar favores de un pobre cómico, quien por su posición, por su

clase y por su belleza ocupa en el mundo, puesto, desde el cual, nada se pide y se puede otorgar mucho.

Ana ¿Usted me considera como una criatura dichosa? Pues no lo soy... Hace una hora, antes de venir á esta casa, me asaltó el pensamiento de arrojarme al Támesis, buscando en la muerte el fin de mis penas.

Kean Me parece increible.

Ana Porque no conoce usted mi historia. Hasta hace poco era la prometida de un honbre á quien odio y desprecio, de un hombre que me codiciaba por mi fortuna, no por su cariño... Supondrá usted que me obligaban al matrimonio mis padres... Pues no; soy huérfana, pero me encuentro esclavizada por mi tutor. Ayer debió verificarse mi boda; para impedirla no encontré otro medio que el de fugarme de mi casa. Pregunté por la de usted, llegué, no pude verle, y otra vez he venido, ocultándome de todos para que no descubran mi paradero.

Kean ¡Al huir y pensar en mí busca usted un defensor!

Ana Busco el amparo de quien ha sabido encontrar por sí solo medios con que vivir independientemente é imponerse al mundo.

Kean Es verdad; pero yo he logrado todo eso dedicándome al teatro.

Ana Pues al teatro quiero dedicarme. Abandono mis riquezas al tutor que quiere someterme á su capricho. Recobro mi libertad y guiada por mi afición y por mi entusiasmo pido un puesto en la escena, un puesto cualquiera, el más insignificante.

Kean ¡Pobre niña!

Ana ¿No merece mi proyecto más que una exclamación compasiva?

Kean No acierto á darle otra. El candor de usted sufriría con mis explicaciones. Para huir de un peligro corre usted á otro más temible. Quiere evitar un riesgo precipitándose en un mal. Por lo mismo, al verla joven, inocente, sencilla, pidiendo con ansia lanzarse

á un abismo, cumpliendo con mi deber la detengo y la digo: ¡Pobre niña!

ANA ¡Sólo compasión merezco!

KEAN Lejos de mí el ofenderla.

ANA Las palabras del caballero Kean, nunca pueden ofenderme.

KEAN Gracias, señorita. Séame permitido ahora preguntarla, si no cometo con ello ninguna indiscreción... ¿de qué ha nacido en usted ese entusiasmo ó ese deseo por dedicarse á mi arte?

ANA Bien sencillo. Hasta hace pocos meses ignoraba yo lo que fuera un teatro. Mi tutor me llevó á uno de ellos á los tres días de sacarme del convento, con la *sana intención* de presentarme á mi futuro, á Lord Melwill... La novedad, ó tal vez la antipatía que me produjo la presentación del que iba á ser mi esposo, hicieron que pusiera mis cinco sentidos en aquello que ocurría en el escenario... Representaban *Hamlet*... de Shaskespeare... Aquella impresión de lo desconocido produjo en mi alma un efecto extraño; algo que invadía todo mi ser y le dominaba. Las desventuras de aquel príncipe noble, rubio, pálido... hermoso, con toda la hermosura grande de unos sentimientos puros... me interesaron como cosa propia... la maravillosa dicción del artista, su acento, su figura, lograron vencerme y subyugarme.

KEAN Perdón, señorita... ¿quién hacía el papel de Hamlet?

ANA (Después de un momento de pausa le mira y sigue.) A las tres ó cuatro noches volví al teatro... Se representaba *Otelo*... y aquel mismo hombre, aquel actor sublime, en personaje tan distinto, tan contrario, logró de nuevo con sus arranques, con sus vehemencias, con sus aullidos de fiera celosa y amante, llevar á mi alma la misma emoción, y sin darme cuenta me sentía identificada con él, compartía sus dolores y envidiaba á la infeliz Desdémona...

KEAN Y... ¿quién hacía Otelo?

ANA (Mismo juego.) Seguí asistiendo al teatro y ví representar al mismo artista personajes distintos; *Falstaff*, *Rey Lear*, *Romeo y Julieta*... Y en todos logró hacer que en mí surgiera el impulso irresistible de ser artista. Al germinar en mi alma tal pensamiento, ¿á quién mejor que á Edmundo Kean, el sublime intérprete de... de Sakespehare, acudir para poner en práctica mi deseo? Aquí he venido y aquí estoy animada por la esperanza. Hábleme con claridad, con franqueza, como hablaría á... una hermana.

KEAN (¡Pobre niña.) Como si lo fuese voy á aconsejarla. Renuncie usted á la idea de conververtirse en actriz.

ANA La de actor es la profesión de usted.

KEAN Por lo mismo hablo con perfecto conocimiento de causa. Además, un hombre puede luchar en la vida con ventaja. Una mujer como usted, en ciertas luchas, está muy expuesta á sucumbir... Yo le diría algunas cosas, muchas, que la convencieran pero temo que mis palabras no produzcan la castidad de mi pensamiento.

ANA Edmundo Kean no ha de decirme nada que no pueda oir una señorita. (Se echa el velo sobre el rostro.)

KEAN Kean hablará á usted como si fuera una artista que pide opinión á su compañero, sin reservas ni eufemismos; descubriéndole el interior de la escena que fascina á los que la contemplan desde las localidades del teatro, pero que produce amarguras, contrariedades hondas, pesares profundos á los que de ella viven y en ella brillan y por ella consiguen fama y gloria.

ANA Así quiero que usted me hable.

KEAN Usted es hermosa, tiene esa primera condición. Hay espectadores que juzgan á las actrices por la hermosura. ¿Es guapa?—dicen—pues será buena; y piensan así regodeándose con que *no será buena* siendo guapa... Pero hace falta algo más que los atractivos físicos para ejercer el arte; hay que estudiar mucho.

ANA — Yo estudiaré bajo la dirección de usted, seguiré sus indicaciones y al fin mis esfuerzos encontrarán el premio apetecido.

KEAN — En cinco ó seis años quizás... Algunos nacen con genio; pero hasta el genio necesita preparación. La estatua está en el bloque de mármol, pero necesita que Praxiteles ó Miguel Angel labren la Venus ó el Moisés... Suponiendo que usted tenga aptitudes maravillosas, necesita prepararse, y durante ese tiempo, ¿de qué vivirá puesto que abandona su fortuna?

ANA — Trabajaré; tengo hábitos de trabajo.

KEAN — Bueno; pues ya ha conseguido salvar el aprendizaje... Ya es usted actriz, y entonces, para sostenerse, le darán como sueldo una cantidad mezquina, con la cual no podrá ni costearse los trajes que vista, y después á la lucha, una lucha brutal, tremenda, en la que se encuentran siempre en acecho los enemigos de la virtud para conseguir una victoria codiciable. El que adula y mancha con la adulación; el que persigue fiando en que la constancia triunfará de la honradez; el que aplaude hoy para censurar mañana si no se satisfacen sus deseos: la envidia, las pasiones bajas, las rivalidades, porque en el teatro todos somos rivales, la ignorancia, la mala fe poniendo cerco á un alma y el alma peleando sin tregua por defenderse, y quedando al fin vencida en un momento de debilidad y de aturdimiento, ó destrozada después del sangriento, del duro, del interminable combate.

ANA — Pinta usted lo malo del cuadro; pero, ¿y lo bueno? ¡Los aplausos!

KEAN — ¡Qué caros cuestan á veces! Entre bastidores, en la sala, en el teatro entero, está la intriga como disuelta en el ambiente que respiramos. Si se vale, intriga de los envidiosos; si no se ha llegado al triunfo, intriga de los que estorban la victoria; si se está en medio del camino, intriga de los que no permiten que uno pise la cumbre. Intriga al principio y al fin de la carrera; intriga del que

estrecha nuestra mano y del que no nos trata; intriga del rival y del desconocido; la intriga como un pólipo inmenso que rodea nuestro cuerpo ansioso de reducirle, de estrujarle hasta que no quede en él ni soplo de existencia. (Con vehemencia.)

ANA — ¡Ah, Kean! ¡Cuánto debe usted haber sufrido!

KEAN — ¡Que si he sufrido! Y yo soy hombre fuerte, rudo, vigoroso... Figúrese usted una criatura angelical, sin experiencia, sin vigor... Tardaría en quedar derrotada lo que tardase en acometer la empresa.

ANA — Pero todos sus pesares se compensan con decir, soy rey.

KEAN — Sí es verdad, soy rey tres veces por semana. Pero mi manto es de percalina, mi corona de talco, mi toisón está formado con diamantes de vidrio y mi cetro es de madera. ¡Mi trono! Se levanta sobre un espacio de treinta varas en cuadro, y es lo peor del caso que una silba le puede derribar.

ANA — Pues entonces deje usted su carrera. Acaso una mujer buena y rica le ofrezca su fortuna diciéndole: Kean, descansa, sé feliz.

KEAN — ¿Abandonar yo el teatro? ¡Nunca! ¿Perder mi independencia? ¡Jamás! No acertaría á permanecer en el mundo sin las emociones que la escena me proporciona. ¿Que hay en ella amarguras, peligros, contrariedades? Sí, los hay. Pero de todo me compensa el arte; saborear sus encantos, deleitarme con sus grandezas, bucear en sus encantadoras profundidades... Eso vale más que los reinados de veras, las riquezas positivas y las dichas mundanas. Interpretando á Shakspeare gozo más que todos los soberanos de la tierra... Yo, señorita, represento comedias para darle ese placer á mi alma... ¡La vida del teatro es mala, pero el arte es muy hermoso!

ANA — Pues por el arte.

KEAN — No; usted busca en mi profesión un refugio contra las maldades del mundo, y por eso, yo le pido que no la siga.

ANA ¿Y qué hago?

KEAN ¿Dónde fué usted después de fugarse de su casa?

ANA A la de una hermana de mi madre que me quiere como una hija.

KEAN Entonces vuelva á su casa y pida en ella asilo y protección.

ANA ¿Me lo podrá ella conceder? Lord Melwill es influyente.

KEAN La ley en Inglaterra es igual para todos, para los fuertes y para los débiles, pero si alguien intentare atropellarla nos defenderíamos.

ANA Vine á esta casa soñando con aventuras artísticas.

KEAN Y yo la vuelvo á la realidad. Hoy me encuentro en vena de hacer buenas obras. ¿Su tía de usted vive?...

ANA Muy cerca de aquí.

KEAN Pues yo seré el caballero de usted hasta la casa de su tía. La dejaré en ella y después, con la conciencia tranquila por haber realizado un bien, me iré por ahí, por donde sea... porque yo sí he nacido para la vida revuelta y azarosa.

ANA ¡Qué bueno es usted!

KEAN (Ofreciéndole el brazo) En marcha.

SAL. (Apareciendo.) ¡Señor!

KEAN ¿Qué ocurre?

SAL. Su alteza real el Príncipe de Gales, espera en el salón.

KEAN Pues dile que no puedo recibirle. Estoy cansado y quiero dormir. (A Ana.) Ya ve usted como trato yo á los príncipes... pero lo primero es lo primero... Por esta puerta. Vamos. (Volviéndose á Salomón.) Que no me espere nadie porque yo no vuelvo hoy á casa. (Vanse.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La taberna de Pedro Patt. Puerta al foro y laterales. Veladores ó mesas de pino con banquillos ó taburetes de madera.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

JUAN y dos BEBEDORES están sentados alrededor del velador que está en la derecha. POLIZONTE junto á la mesa de la derecha leyendo un periódico y PEDRO que sale por la izquierda

BEB 1.º ¿Con que fué tan grande el golpe?

JUAN Atroz. A quien yo le pegue un puñetazo no le quedan ganas de recibir otro.

BEB 1.º Eres un valiente.

JUAN ¡No que se juega! A Juan no hay quien le mire de mal modo ¿sabes tú? El que me la hace me la paga, y el que no me la hace también... Yo soy un hombre, ¿sabes tú? ¡Un hombre!

BEB. 1.º ¡Cállate!... Esta ahí el de la policía.

JUAN Que esté. Yo no le temo á nadie. Yo soy un hombre.

ESCENA II

DICHOS y LORD MELWILL

MEL. ¿El amo de la casa?

PEDRO ¡Presente! (*Aparte.*) Un señor elegante. (*Alto.*) ¡Caballero, usted dirá!

MEL. ¡Tengo que darle un encargo!

PEDRO Lo que usted quiera.

MEL. Esta noche vendrá aquí una señora elegante.

PEDRO ¡Aquí una señora!

MEL. Le afirmo á usted que vendrá y no replique.

PEDRO No digo esta boca es mía.

MEL. Proporciónele la habitación más limpia de la casa y guárdele las mayores consideraciones, porque se trata de una persona de alta alcurnia.

PEDRO ¡Qué honor para mí! Pues aquella habitación. (*Señalando la de la derecha.*) ¿Y no tiene el señor nada más que mandarme?

MEL. Sí, necesito una buena barca. ¿Habrá por aquí algún marinero que pueda alquilármela?

PEDRO ¡Ya lo creo! ¡Jorge! (*Llamando al Bebedor 1.º*)

BEB. 1.º ¡Qué quieres!

PEDRO Escucha... Este señor necesita una lancha velera de mucho andar.

BEB. 1.º La mía... Está atracada al muelle á unos pasos de aquí.

MEL. ¿Puedo verla?

BEB. 1.º Ahora mismo.

MEL. Pues andando y en el camino le daré instrucciones.

BEB. 1.º En seguida... Dispense usted un momento. (*Se acerca á donde estaba, apura el vaso y se reune á Lord MelWill.*) Cuando usted guste.

MEL. (*A Pedro.*) No olvide mi encargo, y por si hace falta, tome. (*Le da una moneda.*)

PEDRO (*Mirándola.*) Oro... ¡Señor! (*Aparte.*) ¡Buen parroquiano! Paga y no bebe.. (*Vanse Melwill y Bebedor 1.º*)

JUAN ¡Eh, Jorge!

PEDRO Jorge se marchó. Le ha caído que hacer. Le alquila la barca á un señor.
JUAN ¿Un señor?
PEDRO Que paga bien.
JUAN ¿Señor que paga? ¡Un lío!

ESCENA III

DICHOS, KEAN vestido de marinero

KEAN ¡Pedro!
PEDRO ¡Cómo, señor Kean! ¡Con ese traje una persona tan principal!
KEAN Majadero, no me mires al traje. Mira mi bolsillo, que es lo que te interesa. ¿Te han encargado en mi nombre una cena?
PEDRO Sí, señor.
KEAN Será espléndida.
PEDRO Como para quien la ha pedido. (De un salto se sube sobre la mesa).
KEAN Bien, pues para hacer boca dame de beber.
PEDRO ¿Cerveza?
KEAN ¿Cerveza á mí? Déjame de porquerías y trae Champagne.
JUAN (Al Bebedor 2.º.) Este marinero de agua dulce le hace ascos á la cerveza. ¡Qué señorito!
KEAN (Bebiendo.) ¿No ha venido ninguno de los convidados?
PEDRO Ninguno.
KEAN Bueno, esperaré. ¡Y otra copa! (Juan seguido del Bebedor 2.º, se acerca á Kean y le mira mientras bebe con mucha fijeza.)
KEAN ¿Qué es eso, amigo? ¿Le choca á usted?
JUAN Es que me gusta el Champagne.
KEAN Pues beba; yo lo pago.
JUAN (Al bebedor 2.º) Ahora verás cómo me burlo de este marinero sensible. (A Kean.) ¿Conque usted paga?
KEAN Sí, hombre.
JUAN Pedro, Champagne... Que este joven paga... Gracias, joven.
KEAN No hay de qué.

JUAN — (Con impertinencia.) Ya lo creo que hay. A mí me gusta el Champagne y me gustan las personas como tú, espléndidas... Choca.

KEAN — No quiero.

JUAN — ¡Que choques!

KEAN — Oye tú, borrachín. ¿No tienes nada que hacer? ¡Pues déjame en paz!

JUAN — Oiga. Mal genio gasta el amigo. (Acercándose mucho a Kean.) Excelentísimo señor. (Queriendo cogerle la mano.)

KEAN — ¿Qué quieres?

JUAN — La mano.

KEAN — ¿La mano? Pues tómala. (Da un soberano bofetón á Juan, que cae rodando al suelo: Juan, ayudado por el Bebedor 2.°, se incorpora. El Polizonte se levanta asustado y Kean sigue sentado tranquilamente en la mesa.)

POL. — ¿Eh, qué es eso?

KEAN — Nada, este mentecato que me pedía la mano y acabo de entregársela en el sitio que la merece.

PEDRO — (A Kean.) No le haga usted caso.

KEAN — No, si no se lo hago.

JUAN — ¡Pegarme á mí! ¡A un valiente!

KEAN — Anda que te dé el aire... si no quieres que yo te coja y te chapuce en el río para refrescarte.

JUAN — (Al Bebedor y marchándose con él.) Pero ¿ha sido bofetada ó solo la intención?

BEB. 2.° — Sólo la intención... Vamos.

JUAN — Pues chico, me escuece...

BEB. 2.° — ¡Qué tontería! (Vanse.)

POL. — La bofetada de usted ha sido grande.

KEAN — La impertinencia de él fué mayor.

POL. — Es que yo soy de la policía.

KEAN — Pues si aquí no ha pasado nada. Y en prueba de ello, le convido á usted á cenar con nosotros. Celebramos un bautizo y yo soy el padrino.

POL. — No sé si debo...

KEAN — Claro que sí, hombre.

POL. — Pues voy á casa para advertir á mi mujer que no me espere... Hasta luego, señor.

KEAN — (Con jovialidad.) Adiós, amigo. (Vase el Policía.)

ESCENA IV

KEAN, KETTY, PISTOL y PEDRO

PEDRO ¡Ya están aquí los convidados!.. Por aquí, señores...

KEAN ¡Los convidados! (Volviendo hacia el foro y saltando de la mesa al verlos.) ¡Ketty! Ven acá, mujer, y dame un abrazo.

KETTY ¡Señor Kean!

KEAN ¡Cómo; no te acuerdas de mí! ¡Si hemos representado juntos!

KETTY De eso hace mucho tiempo... Usted ha subido y yo sigo siendo...

KEAN Pues lo que yo soy... No te fijes dónde ni cómo trabajamos... Servidores del arte, el arte nos iguala. No hay que pensar en el sitio donde se oficia. Ermita ó catedral, el culto es el mismo, aunque la pompa sea diferente.

KETTY ¡Siempre tan bueno!

KEAN Pero oye, Pistol, ¿qué te ocurre?

PISTOL Una nueva desgracia.

KEAN ¡Tienes otro hermanito!

PISTOL Mi padre venía con nosotros á la fiesta, alegre, orgulloso. ¡Figúrese usted!... Al bajar las escaleras, vivimos en un piso muy alto, señor Kean.

KEAN Me lo figuro... Los actores siempre deseando alcanzar la gloria...

PISTOL Bueno... Al bajar las escaleras, mi padre se escurrió, y allá te va el viejo rodando.

KEAN ¿Se ha hecho mucho daño?

PISTOL No mucho. Se ha torcido un pie... ¿Pero cómo hace comedias con un pie torcido? Resultado. Que mi padre no puede trabajar en quince días, que su sueldo desaparece en la quincena y que yo no veo el pan que aseguran traen los chiquillos al nacer, porque el décimotercero vástago de mi casa se ha venido al mundo sin la hogaza correspondiente.

KEAN — No te apures, hombre. Te autorizo para que mi empresario anuncie en *Covent Garden* una función en la cual representaré *Falstaff* y el tercer acto de *Hamlet* en beneficio de tu familia.

PISTOL — ¡Dios mío! ¡Otro favor! ¡Señor Kean! (A Ketty.) Anda, abrázale en mi nombre, porque puede que tu abrazo le parezca mejor que el mío.

KETTY — ¡Qué cosas tienes!

KEAN — Vaya, no se hable más del asunto. La mesa nos espera. Los convidados aguardan. Celebremos el bautizo como corresponde... Anda, Pistol, y alégrate. No hay mal que por bien no venga... Y tú, Ketty, toma mi brazo... al festín... Ya véis, vosotros no sois príncipes ni mucho menos.

PISTOL — No lo somos, no.

KEAN — Pues entre vosotros me siento satisfecho, alegre, feliz .. ¿Quién dijo penas? Allá dentro, deprisa. Y que espere el público, porque lo que es durante la noche presente no hay comedia... Tengamos unas horas de felicidad. ¡Abajo el telón! (Entranse todos, menos Pedro, puerta izquierda.)

ESCENA V

PEDRO y ANA con una doncella

PEDRO — (Desde la puerta.) En seguida quedarán servidos los señores. (Al volver al centro de la escena se encuentra con Ana.) ¡Una dama! ¡Esta es la del encargo!

ANA — Necesito un cuarto.

PEDRO — Ya está pedido, señora. Un caballero ha dispuesto que le espere usted en la mejor habitación de la casa... Porque (perdone la licencia) supongo que usted es la dama á quien un caballero ilustre ha citado aquí.

ANA — (Confusa.) Sí, la misma.

PEDRO Pues pase la señora y disponga todo lo que quiera. (Señala la puerta derecha, por donde entran Ana y su doncella.)

ESCENA VI

PEDRO y SALOMÓN, que entra muy abatido

PEDRO (Al ver á Salomón.) Hola, querido Salomón. La soga siempre detrás del caldero. ¿Viene usted en busca del señor Kean?

SAL. En su busca vengo.

PEDRO Pues pase usted, cenando está.

SAL. No estoy de humor para fiestas. Cuando entres le dices que Salomón tiene que darle un recado muy importante; que aquí le espero.

PEDRO Ahora mismo. (Vase.)

ESCENA VII

SALOMÓN

Mientras sale el señor Kean me entretendré leyendo los periódicos para ver lo que dicen de nuestra última representación. (Saca un fajo de periódicos y empieza á hojearlos sentado junto á la mesa.) La política en Francia... ¡Bah! El discurso de... ¡Bueno! Sesión de Cortes... Pero, señor, ¿para qué pondrán en los periódicos estas cosas que nadie lee? ¡Política! ¿A quién le importa la política? ¡Por fin! Aquí hay algo de teatros... (Leyendo.) «Representación de *El Moro de Venecia* por Kean. En la sala no había anoche nadie.» (Dejándole y tomando otro.) Bien se ve que el crítico no es amigo. (Leyendo.) «La representación de *El Moro de Venecia* por Kean, fué una solemnidad. Todas las localidades estaban ocupadas y mucho público se quedó en la calle por no tener billetes... Este sí que es verídico. (Sigue mirando los periódicos é intercalando los comentarios según las indicaciones del monólogo.) La compañía

que dirige Kean es deficiente, menos que mediana... La compañía de Kean es notabilísima, admirable, la mejor de Inglaterra... Kean no interpreta fielmente el personaje de Otelo... El Otelo que soñó Shakespeare es Kean...» Y ahora que los lectores formen juicio después de tantos y tan diferentes. Este periódico nos trata bien. Escribe en él las crónicas sin que nadie lo sepa Brixón, el segundo galán que tiene Kean. (Leyendo.) «Magnífica fué la representación que anoche se dió de *El Moro de Venecia.* Como siempre, brillaron en ella el ilustre actor Kean y las señoritas Sidon y O'Neill. Pero el que arrebató al público, el que obtuvo el mayor triunfo de la noche fué Brixon, el intérprete de Yago. ¡Qué maestría la suya, qué incomparable modo de decir, qué expresión, qué naturalidad, qué arte!» (Dejando de leer.) ¡Qué bien se despacha á su gusto el querido compañero! ¡Ah! Y cuánto me alegro de no ser más que un humilde apuntador... Para los apuntadores no hay crítica. Metidos en su concha no les alcanzan ni las injusticias, ni los odios: ni la envidia, ni la ignorancia, ni el favor, ni el interés... Y eso que á lo mejor sale desde el paraíso una voz que dice: ¡el apuntador, más bajo! ¡No quieren ni oirnos!

ESCENA VIII

SALOMÓN, KEAN

KEAN — (Saliendo.) ¿Qué pasa, Salomón? ¿Por qué no entras á cenar con nosotros?

SAL. — No tengo gana. Además, vengo á dar una mala noticia.

KEAN — Bien, qué es ello, sepamos.

SAL. — Pues sucede que se ha presentado en casa de usted Samuel, el joyero que tiene el recibo de las cuatrocientas libras.

KEAN Hermosa visita. Le dices que no le puedo pagar.

SAL Es que á Samuel acompaña la justicia con orden de prender á usted.

KEAN Pues no vuelvo á casa y en paz.

SAL. ¿Qué no vuelve usted?

KEAN ¿Para qué? Me quedo aquí, donde nada ha de faltarme. Tengo buena mesa, buen vino y buenos amigos. Veremos quién se cansa primero. Si la justicia de esperar ó yo de no ir á buscarla.

SAL. ¿Pero?

KEAN No repliques. ¿No eres mi leal compañero?

SAL. Sí lo soy.

KEAN Pues bien; obedece. Te mando que no te acuerdes para nada de Samuel y que te sientes á cenar conmigo.

SAL. ¡Señor Kean!

KEAN ¡Adentro! (Kean empuja á Salomón hacía la habitación donde están los convidados. Ana, aparece en la puerta derecha.)

ESCENA IX

ANA, KEAN, después PEDRO y POLIZONTE

ANA (Saliendo.) ¡Esa voz! ¡Kean!

KEAN ¡Ana! ¡Usted aquí, en una taberna!

ANA ¿Por qué ese asombro?

KEAN ¿No he de asombrarme de que se encuentre en lugar como éste una persona como usted? ¿Quién la trajo á este sitio?

ANA La carta de usted.

KEAN ¡Mi carta!

ANA Usted me escribe diciéndome que peligra mi libertad, me ordena que abandone la casa de mi tía y que venga dispuesta á obedecerle y aquí estoy.

KEAN Pero si yo no he escrito esa carta de que me habla.

ANA ¿Que no? Lea usted. (Buscando la carta.)

KEAN Venga ese papel en el cual adivino que hay una infamia. Venga, que ya siento ansias por conocer el plan para destruir al miserable que lo forjó.

ANA La carta es esta.

KEAN Veamos... esta letra ni siquiera se parece á la mía. (Leyendo.) «Señorita: la han visto á »usted entrar en mi casa; la han visto salir »después y la han seguido. Conocen su refu»gio y se gestiona una orden para sacarla de »él. Es necesario escapar de los perseguido»res. Esta noche acuda usted á la taberna »de Pedro Patt que está en el puerto...» ¡Qué emboscada tan inicua...! (Leyendo.) «que está »en el puerto. Un enmascarado la recogerá...» ¡Un enmascarado! ¡Ah, ladrón! «la »recogerá. Déjese conducir por él con abso»luta confianza..» Sí, con absoluta confianza... «El la llevará hasta donde yo le espero »para salvarla, lleno de respeto y de amor.— »Edmundo Kean...» ¡Já, já, já! Edmundo Kean... Y el villano firma con mi nombre y añade luego... porque hay más, hay más aún... (Leyendo.) «No voy en persona á bus»carla porque estoy vigilado...» La mentira se urdió con toda clase de precauciones, pero aquí me encuentro para aplastarla.

ANA Yo, como era natural, confié en la carta. Usted nunca me había escrito, no conozco su letra...

KEAN Pero usted, pobre niña, ¿por qué ha de disculparse? Usted, dé gracias á Dios porque impide que el crimen se consuma.

ANA ¡Señor Kean, defiéndame, sea mi amparo, alivie mi desgracia!

KEAN Pues ya lo creo. Por usted y por mí. Por usted porque es un ángel, al cual acosan inmundos apetitos. Por mí para vengar la ofensa del canalla que usurpa mi nombre.

ANA Kean... por lo que más quiera en el mundo. Perdone mi franqueza, disculpe mi atrevimiento... Yo no puedo poner mis esperanzas en nadie más que en usted. Me acobarda mi situación... me estremece la idea de

hallarme sola... Su apoyo, Kean, su voluntad para que me defienda.

KEAN Acostumbrado á interpretar todos los sentimientos humanos, sé leer en mis semejantes los afectos que les impulsan. Ana, confíe en mí

ANA Siempre tuve fe en la resolución de usted. Hace poco que le trato, pero hace mucho tiempo que le conozco, que le aplaudo, que le admiro... No me engañaba mi corazón. Al oirle expresar desde el escenario las pasiones humanas, advertí que eran buenas las de su alma y desde lejos sentí hacia usted inclinación irresistible, profunda simpatía.

KEAN La simpatía, la inclinación que ahora siento yo también... ¡Ay, Ana!... ¿Por qué las amarguras nublan mi vista? ¿Por qué no decir?... Pero no, no... Pensemos en lo urgente, en lo que no admite espera. Yo soy su amigo, un hermano, y estoy dispuesto á cumplir con mi deber.

ANA Y yo dispuesta á obedecerle ciegamente.

KEAN En este mismo sitio encontraremos quien secunde mi plan. (Llamando.) ¡Pedro!

PEDRO (Apareciendo.) ¡Señor!

KEAN Avisa al Polizonte que estaba aquí antes. Necesito de sus servicios.

PEDRO Con los de la fiesta está. (Desde la puerta.) ¡Eh! Venga... Un momento.

ANA Tengo miedo.

KEAN Nada tema.

ANA Es por usted.

KEAN ¿Por mí? ¡No hay cuidado!

POL. ¿Quién me llama?

KEAN Una persona que necesita el amparo de la ley. Esta señorita se llama Ana Damby, es rica y la quiere casar contra su voluntad un tutor desalmado. Contra ella intentan emplear la violencia. Yo se la confío para impedir un atropello.

POL. ¡Vaya un cambio! Antes pegando. Ahora defendiendo. ¿Quién es usted que con tanta llaneza lo resuelve todo?

KEAN Un hombre que pide apoyo á quien repre-

senta la autoridad; pero si desea saber mi nombre, se lo diré. ¡Me llamo Edmundo Kean!

POL. ¡El gran Kean! ¿En ese traje?

KEAN Me lo pongo para alternar con los que le llevan.

POL. Yo que le he aplaudido tantas veces, no le conocía ahora.

KEAN Si usted me aplaudió al verme representar buenas obras, apláudame ahora que realizo obras buenas.

POL. Estoy á sus órdenes.

KEAN Pues sírvase acompañar á esta señorita en esa habitación. (Señalando á la de que salió Ana.)

ANA (A Kean.) ¿Y nos veremos pronto?

KEAN Muy pronto. En cuanto arregle un asunto con un *amigo* que no tardará en llegar.

ANA (Se vuelve al llegar á la puerta.) Kean... Adiós... Hasta la vista.

KEAN Hasta muy pronto. (A Pedro.) Y tú dí á esos que ahora me reuniré con ellos. Que siga la broma, que no interrumpan su alegría. (Vase Pedro.)

ESCENA X

KEAN; luego MELWILL; después CONVIDADOS y MARINEROS

KEAN ¡Qué singularidades tiene el destino! La calumnia inventó que yo había robado á Ana cuando aún no la conocía... Después Ana acude á mí, y en su acento, en su mirada, en sus demostraciones deja notar algo que encuentra eco aquí dentro. (Golpeándose en el corazón.) Algo que recibo como bálsamo consolador... ¡Kean, Kean, déjate de ilusiones y cumple con tu deber. Salva á esa niña, y sobre todo enseña á los que no lo saben que en las astucias de los miserables, no debe mezclarse nunca el nombre de las personas honradas. A esta habitación vendrá el mensajero en busca de la víctima. Pues veremos cómo pasa. (Coge una silla y se sienta delante de la

puerta.) El vigilante está alerta. Puede acercarse cuando guste el ladrón. (Apaga el farol y se queda la escena en completa obscuridad.)

MEL. (Con un antifaz puesto.) Ella entró hace rato. Aquella es la habitación que me indicó Pedro. Haga usted el favor.

KEAN (Sin moverse.) Perdone, por aquí no se pasa.

MEL. Usted dirá por qué.

KEAN En primer lugar porque como no estamos en Carnaval, no es prudente dejar el paso libre á los que se tapan la cara.

MEL. Hay ocasiones en que se necesita ocultar el rostro.

KEAN (Levantándose.) Serán las ocasiones en que se quiere cometer una indignidad... La que usted proyecta, por ejemplo... Sí, porque conozco su plan, un plan infame. A quien no conozco todavía es al que quiere realizarle y, por lo mismo, deseo que se quite usted el antifaz para ahorrarme el trabajo de que yo lo haga

MEL. ¡Caballero! porque parece usted serlo por el lenguaje.

KEAN ¡Lo parezco y lo soy!

MEL. (Indica irse y Kean le detiene.) Quieto, señor mío... Necesito verle la cara, he dicho.

MEL. ¡Ya nos veremos!

KEAN De eso se trata, de que nos veamos. (Kean coge á Melwill por un brazo.) Tiene usted aún una mano libre. Quítese con ella el antifaz.

MEL. (Tratando de desasirse.) Basta... ¡Ya buscaré al insolente que me insulta!

KEAN Por de pronto, déjeme que conozca al cobarde que huye. (Le arranca el antifaz.)

MEL. ¡Miserable! ¡El desquite!

KEAN Eso luego, y ahora. (Llamando.) ¡Luces! ¡Pronto! (Salen Pedro y los convidados con luces. La escena se ilumina.)

MEL. ¡Kean!

KEAN ¡Lord Melwill! ¡Lo presumía!

MEL. ¡Una emboscada!

KEAN Se equivoca usted. Para pedirle cuentas me basto y me sobro. Usted se ha valido de mi nombre urdiendo una trama inicua contra

una mujer, y necesito reparación de ese ultraje.

MEL. (Con desprecio.) Para eso no existe más que una dificultad. La de que un noble como yo, no puede batirse con un histrión, con un saltimbanqui.

KEAN ¡Desprecios á mí! (Coge una silla, la enarbola y después la deja caer cambiando de propósito.) Pero no... Tiene usted razón... Hay mucha distancia entre nosotros... Lord Melwill pertenece á una de las más ilustres familias de Inglaterra, á la nobleza antigua y conquistadora. Verdad que Lord Melwill ha dejado la fortuna que heredó sobre el tapete verde, y que el lustre de su escudo está empañado por los vapores de una vida llena de disipación y acciones infames, pero eso, ¿que importa? Lord Melwill es ilustre, gran señor... porque lo dicen unos cuantos pergaminos, aunque lo desmienten los hechos... En tanto que Kean ¿quién es Kean? un infeliz batelero, un nadie, un desheredado que sintió dentro de su alma inspiración artística y guiado por ella fué poco á poco haciendo popular su nombre desconocido... Kean de la nada ha subido hasta la reputación indiscutible. ¿Cómo ha de hacerle caso Lord Melwill que desde la opulencia ha caído en la miseria dorada que combina planes vergonzosos para apoderarse de heredera riquísima?

MEL. ¿Yo?

KEAN ¡Sí, usted! El aristócrata rancio, el par de Inglaterra, el de la clase privilegiada, quiere casarse á la fuerza con una dama porque tiene millones, y para conseguirlo apela á todo; á la traición, á las falsedades, á los raptos; apelaría al crimen si fuera preciso... En cambio Kean, el cómico, el histrión, el ser inferior, protege á la perseguida desinteresadamente y se olvida de que es hermosa, de que es buena y de que es rica, para pensar sólo en que, como caballero, debe acudir á donde una mujer desconsolada pide socorro .. Lord Melwill lleva una corona, vive en la cumbre

social y no puede cruzar sus armas con un histrión, con un saltimbanqui; pero cuando proyecta una infamia, falsifica una carta poniendo el nombre del histrión á quien desdeña y se finge *saltimbanqui* para asegurar el engaño que fragua. No, no podemos ser iguales Lord Melwill y yo: él la aristocracia que se extirpa, yo el pueblo que se eleva; él la codicia ladrona; yo el noble despilfarro; él acechando presas apetecibles; yo destruyendo alimañas nocivas; él con careta, yo con mi cara descubierta; él pálido de temor, yo rojo de coraje. No, no somos iguales ¡qué hemos de serlo! Hay mucha diferencia entre Lord Melwill el aristócrata y Kean el plebeyo, el histrión, el saltimbanqui. (Con mucha energía.)

TODOS ¡Bien, bien!

MEL. Basta.

KEAN ¿Arrogancias todavía? ¿Usted no sabe que ante mí no puede permitírselas? Puede por miedo, disfrazado de orgullo, rehuir el cruzar sus armas con las mías, pero ¡alzar la voz en mi presencia! eso no se lo consiento. Si acudo á los tribunales, ante ellos tengo el derecho de decir que Lord Melwill ha falsificado mi letra. Si acudo á la sociedad, ante ella puedo ofrecer el ejemplo triste de un prócer, que apela á vergonzosas maquinaciones para apoderarse de un dote espléndido. Si acudo á mis fuerzas, puedo aquí mismo ahogar al infame que me insulta y me niega la reparación. Pero lo he pensado mejor... El cómico Kean, compadece, desprecia y perdona al noble Lord Melwill... Muchachos, dejadle pasar. Lord, puedes irte.

TODOS ¡Viva Kean!

MEL. Pero...

KEAN No refunfuñes. (Separa al grupo formado á su alrededor y deja franco el paso de la puerta.) Anda, deprisa, no haga el diablo que cambie de parecer. Ya nos veremos algún día. Y entre tanto que desfile la rancia aristocracia (Va saliendo Melwill) mientras Kean queda con los

suyos, con los del pueblo que no tienen escudos, pero que tienen brío en los brazos, coraje en la sangre y bondad en los corazones. (Melwill hace mutis. Kean es aclamado por todos los que le rodean.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

El cuarto de vestir del actor Kean en el teatro de «Covent-Garden». Una mesa con espejo, un armario lleno de diferentes trajes de época y de armas antiguas. Sillones, etc., etc. En el armario una puerta secreta.

ESCENA PRIMERA

SALOMÓN y PISTOL. Aquél está ocupado en preparar una bebida cuando se levanta el telón

PISTOL ¿Qué prepara usted en ese vaso, señor Salomón?

SAL. Agua con azúcar para los entreactos.

PISTOL También el tío Bob refresca en los intermedios. Pero él no bebe agua azucarada nunca, sino rom, rom de Jamáica del más fuerte.

SAL. Lo mismo haría el amo si pudiera... Pero aquí estoy yo para impedírselo... En el teatro agua, nada más que agua, y templada para que sea más inofensiva.

PISTOL Muy bien pensado. (Mirando el armario.) ¿Para qué sirven todas estas chucherías?

SAL. ¿Chucherías? ¿Te atreves á llamar chucherías á los trajes del ilustre Kean, majadero?

PISTOL (Registrando las paredes.) Aquí hay una puerta, señor Salomón.

SAL. ¡Silencio! (Alarmado.)

PISTOL Una puerta secreta.

SAL. ¿Quieres callar?

PISTOL ¿Para qué sirve?

SAL. Para lo que sirven todas las puertas, para entrar y para salir. (Aparte.) Este demonio tiene ojos de lince.

PISTOL ¿Sabe el señor Kean que aquí hay una salida? Porque podrían robarle la noche menos pensada, pues aunque parece que no se puede abrir, se abre con facilidad... ¡Ya está! (Abriéndola.)

SAL. (Cerrándola.) ¿Pero te estarás quieto? Si el amo supiese que husmeabas las paredes de su cuarto...

PISTOL ¿Se enfadaría? Pues en tal caso supongamos que no he visto nada.

SAL. ¿Crees que habrá gente en el teatro esta noche?

PISTOL ¿Que si la habrá? Acabo de ver una cola enorme en la taquilla... ¡Y qué público!... ¡El mejor de Londres!... ¡Vaya una entrada para el tío Bob! De fijo gana más él esta noche que nosotros en todo el año. (En este momento se oye silbar á Kean.)

SAL. Ya está aquí el amo.

PISTOL Pues yo me escurro. (Vase.)

ESCENA II

SALOMÓN y KEAN, que entra de mal talante

SAL. Está de mal humor... Tendremos tormenta.

KEAN ¡Salomón!

SAL. Señor.

KEAN Manda que extiendan en este cuarto una piel de tigre ó una alfombra cualquiera, lo que tú dispongas.

SAL. ¿Para qué?

KEAN Para hacer ensayos gimnásticos.

SAL. ¿Cómo?

KEAN ¿No fué ese el comienzo de mi carrera? ¿No empecé en las calles de Dublín mi oficio de saltimbanqui? Pues quiero volver á mi antigua profesión .. Sí... voy á poner en todas las esquinas de Londres unos cartelones anunciando que Kean, el célebre Edmundo Kean hará prodigios de habilidad en la plaza del Regente, previo el pago de cinco guineas por balcón ó por ventana, y en ocho días reuniré la cantidad que necesito para retirarme á descansar, porque todo el mundo querrá ver cómo anda sobre la palma de las manos el Príncipe Hamlet, ó cómo da el doble salto mortal de espaldas el Moro de Venecia. Mientras que en este maldito teatro tendré que emplear años y años para ir viviendo miserablemente hasta que termine mis días en el hospital como tantos otros. ¡El arte! ¡la gloria! ¡el genio!... ¡Palabras, palabras huecas que nos llenan el alma de quimeras! No, no seré yo quien alimente por más tiempo tan estúpidas ilusiones.

SAL. Pero, ¿qué sucede?

KEAN ¿Y tú me lo preguntas? Pues sucede que tengo mi casa rodeada de acreedores y que para huir de ellos he tenido que pasar la noche en una taberna, lo cual me predispone de un modo admirable para ser silbado dentro de poco. ¡Y todo por una mezquina cantidad! Dime... dime todavía que soy el primer actor de Inglaterra y que en mi lugar no cambiarías tu posición por la del Príncipe de Gales, ¡miserable adulador!

SAL. Si tuviera usted orden,..

KEAN ¡Tener orden! Ya pareció la cantinela de siempre... ¿Crees tú que el orden es compatible con el genio? Con una existencia tan agitada como la mía, ¿puedo tener ocasión para medir minuto por minuto y guinea por guinea lo que debo economizar de tiempo ó de dinero durante el día? Si Dios me hubiese concedido la facultad del método y la virtud del ahorro sería yo ahora un opulento tratante en paños de la ciudad y no un mi-

serable mercader de versos en el teatro de Covent-Garden.

SAL. Me parece que no es difícil encontrar la suma necesaria para salir de apuros. Con la entrada de esta noche habría bastante.

KEAN ¿Pero es que yo puedo disponer de la entrada? Ese dinero no es mío y la indicación que acabas de hacerme es digna de un lacayo, señor Salomón.

SAL. No me he explicado bien. Quise decir que podíamos utilizar ese dinero para devolverlo dentro de tres ó cuatro días.

KEAN ¡Pedir prestado Edmundo Kean á unos infelices saltimbanquis! ¿Quién te imaginas que soy yo?

SAL. Perdone usted.

KEAN Anda vé á prepararlo todo. Y ¡ay de tí si se te olvida algo! (Con voz amenazadora.)

SAL. Voy. (Muy compungido.)

KEAN (Variando de tono.) Ven aquí, mi buen Salomón, mi leal camarada, mi único amigo.

SAL. Por lo visto la tempestad ha pasado.

KEAN Completamente. Salomón, ya sabes que espero una visita.

SAL. Pues me marcho, me marcho en seguida. (Volviéndose y con intención picaresca.) A propósito de esa visita no olvide usted que esta noche representamos seis actos. (Vase muy alegre por el foro.)

ESCENA III

KEAN, después ELENA

KEAN ¡Honrado y excelente Salomón, amigo de todos los tiempos, modelo de servidores sumisos para quien mi alma no tiene secretos. Tú eres el único que te acercas á mí con desinterés, el único que soportas sin murmurar mis debilidades y mis flaquezas. Yo mandaré grabar tu nombre en letras de oro sobre mi tumba para que se sepa que Edmundo Kean, así en los días felices como

en los adversos, tuvo la fortuna de encontrar un compañero leal... (Escuchando.) Me parece que oigo sus pasos... Sí, ella es, no hay duda. (Cierra la puerta por donde salió Salomón y abre la secreta.) ¡Elena!

ELENA (Desde la entrada.) ¡Kean!

KEAN Es usted.

ELENA (Volviéndose.) Aguarda un momento, Flora.

KEAN ¿Está usted segura de la fidelidad de esa muchacha?

ELENA Como de mí misma. Es una italiana, desterrada en Londres, como yo.

KEAN (Con gran pasión.) ¡Por fin tengo la dicha de ver á usted! Es tan grande mi felicidad que me parece un sueño.

ELENA ¿Dudará todavía de mi amor el señor Kean?

KEAN No... Ya no.

ELENA ¡Así son todos los hombres! ¡Ninguno cree en la sinceridad de nuestro cariño hasta que comprometemos por él vida y honra.

KEAN Ponte en mi lugar, Elena, y comprenderás la desconfianza del pobre paria que desde las humildes tablas de un escenario, ve girar alrededor de sí la sociedad más distinguida... Semejante á un hombre que sueña, este humilde sér tiene que limitarse á seguir de lejos con ojos maravillados, la mujer, la encantadora mujer de sus amores, que otros más felices, pueden mirar de cerca... Por eso es necesario que sea ella la que de cuando en cuando se digne venir hasta él para calmar sus tormentos.

ELENA Pero como no es posible que una mujer prodigue ciertas visitas, es preciso que el galán se conforme con su imagen. (Saca un medallón.)

KEAN ¿Tu retrato? (Besándole.) Le llevaré siempre sobre mi corazón.

ELENA ¿Y ahora tiene nuevas dudas sobre mi cariño el señor Otelo?

KEAN Dices bien, Elena. ¡Eso soy! Apasionado y celoso como el moro de Venecia, mi idolatrada Desdémona.

ELENA ¿Celoso? ¿De quién?

KEAN Harto lo sabes.

ELENA No.

KEAN Las mujeres tienen un instinto maravilloso para conocer al hombre á quien agradan antes de que él mismo se lo diga.

ELENA ¿Y cuál es la persona que tanto te preocupa?

KEAN No me preocupa esa persona sino su reputación y la elevada gerarquía que ocupa.

ELENA ¿El príncipe de Gales?

KEAN Sí. Y no es que sospeche que tú le ames, es que me atormenta que lo crean las gentes.

ELENA Esas sospechas no puedo desvanecerlas. El cargo que ejerce mi marido nos impone la obligación de recibir y de agasajar á su alteza.

KEAN Cuando le veo á tu lado estoy á punto de volverme loco.

ELENA Pues entonces no asistiré al teatro esta noche.

KEAN Al contrario. Si tu no vinieras ni él tampoco, sospecharía que estaba á tu lado.

ELENA ¡Vaya una suposición!

KEAN Perdóname... No sé lo que me digo.

ELENA ¿Qué he de perdonarte, celoso incorregible?

KEAN Sí, tienes razón. El tiempo que acabo de emplear en atormentarte y en atormentarme como un insensato, debí de haberlo utilizado en decirte que te amo con toda mi alma, como no he amado nunca. (En este momento llaman á la puerta.)

ELENA Han llamado.

KEAN ¿Quién es?

PRÍN. (Desde fuera.) Yo.

ELENA ¡El Príncipe!

KEAN ¿Quién?

PRÍN. El príncipe de Gales.

CONDE Y el conde de Koefeld.

ELENA ¡Mi marido! Estoy perdida.

KEAN (A Elena.) Serenidad... El velo... Por aquí. Perdone vuestra alteza, pero en estos momentos tengo la desgracia... ¡Pronto!

ELENA (Desde la puerta.) ¿Cómo se abre esta puerta?

KEAN La desgracia de que me persigan unos cuantos acreedores...

PRÍN. ¡Entendido!

ELENA (A Kean.) No puedo abrir.

KEAN Ya está. (Abriendo la puerta.) Los cuales individuos no vacilarían en cometer la irreverencia de imitar la voz de su alteza serenísima para llegar hasta mí. Dignaos pues, monseñor, para disipar mis dudas, pasarme por el agujero de la cerradura un papel firmado por vuestra mano.

PRÍN. ¿Qué haces?

KEAN Retirar la llave. (Abriendo y cerrando la puertecilla secreta.) Adiós, Elena... (Alto.) Allá voy... ¿Qué es esto? (Coge el papel.) Un *cheque* de quinientas libras esterlinas. El presente es digno de un rey. (Abriendo.) Adelante, monseñor.

ESCENA IV

KEAN, PRÍNCIPE, CONDE. Después SALOMÓN

PRÍN. (Con curiosidad.) No hay duda. Al penetrar en el cuarto de Hamlet hemos hecho huir á la dulce Ofelia.

CONDE Seguramente.

KEAN ¡Qué idea, monseñor! Ved. ¡Mirad por todos lados!

PRÍN. ¿Quién se fía de las apariencias? La habitación de un actor es como la de ciertos tiranos. Hay en ella salidas recónditas, puertas secretas y trampas disimuladas que conducen á subterráneos ignorados.

KEAN (Al Conde.) ¡Cuánto agradezco á su excelencia que se haya dignado honrar el cuarto de un humilde artista!

PRÍN. No lo atribuyas á tu propio mérito, vanidoso, sino á la curiosidad, á la pícara curiosidad. El Conde, á pesar de que por su condición de diplomático tiene el deber de conocerlo todo, no había entrado nunca en un escenario, para ver...

KEAN (Interrumpiéndole.) ¿Cómo se viste un actor? Pues debo de advertir á su alteza que nos-

otros, los cortesanos del público, tenemos una etiqueta tan severa como la de los palaciegos más ceremoniosos, porque si no estamos vestidos á la hora que marcan los carteles, corremos el riesgo de ser silbados antes alzarse el telón. Ya ha empezado la sinfonía monseñor.

CONDE. Pues bien, proceda usted como si no estuviéramos presentes á no ser que molestemos.

KEAN De ningún modo, señor Conde. (Llamando.) ¡Salomón!

SAL. (Entrando.) Aquí estoy.

KEAN Ahora, monseñor, tomad este billete.

PRÍN. Es el precio de mi palco que prefiero entregarte á tí y no en la taquilla.

KEAN Entonces lo acepto. (Dándoselo á Salomón.) Ya sabes lo que debemos hacer de este dinero. (Entra detrás de la cortina con Salomón.)

CONDE ¿Vuestra alteza supone que había aquí una mujer cuando llegamos nosotros?

PRÍN. Sin duda.

CONDE ¿Quién?

PRÍN. Eso muy difícil de saber.

CONDE (Viendo el abanico olvidado por Elena y guardándoselo.) ¡Ah! Yo lo averiguaré de fijo.

PRÍN. (Volviéndose.) ¿Cómo?

CONDE Es un secreto diplomático.

KEAN (Detrás de la cortina.) ¿Ocurre alguna novedad, monseñor?

PRÍN. Nada importante. Lo único que he oído decir es que un insolénte se atrevió anoche á insultar á Lord Melwill en una taberna.

CONDE ¿Por qué?

KEAN Porque pretextando que eso insolente era un cómico, el noble Lord se negó á batirse con él. También yo he oído hablar de eso.

PRÍN. ¿Qué os parece el pretexto, señor Conde?

CONDE No me atrevo á dar mi opinión, porque no conozco las costumbres inglesas respecto del asunto; pero lo que puedo decir es que nosotros, los dinamarqueses, cuando recibimos alguna ofensa, nos batimos con el ofensor cualquiera que sea su clase y categoría.

KEAN (Bajando medio vestido.) ¡Bravo, señor Conde! Esa respuesta hace honor á los dinamarqueses. Cuando tenga algún lance de honor prometo hacerme matar en Copenhague.

CONDE (Con intención.) Será usted muy bien recibido. Entre tanto, tengo que agradecer á su alteza que se haya dignado introducirme en el templo del arte.

KEAN El agradecido por la visita soy yo.

CONDE Y ahora dejemos al señor Kean que concluya de vertirse.

KEAN (En voz baja.) Desearía hablar un momento a solas con vuestra alteza.

PRÍN. Querido Conde... Tened la bondad de ir al palco. Yo iré dentro de poco.

CONDE Hasta luego, señor Kean.

KEAN Adiós, señor Conde. (Vase por el foro.)

ESCENA V

KEAN y el PRÍNCIPE

KEAN ¡Cuánto deseaba quedarme á solas con su alteza!

PRÍN. ¿Para qué?

KEAN Para daros las gracias por todas vuestras bondades.

PRÍN. ¡Bah! Entre amigos...

KEAN ¿Entre amigos?

PRÍN. Sí. Eso he dicho. ¿Acaso te disgusta mi amistad?

KEAN ¡Ah, monseñor, al contrario! Pero yo quisiera saber si ese título con que acaba de honrarme vuestra alteza, me lo ha otorgado por mera fórmula, por simple cortesía.

PRÍN. ¿Por qué me dirige esa pregunta Edmundo Kean? ¿Acaso mi fortuna no estuvo siempre á su servicio? ¿Se le han cerrado alguna vez las puertas de mis habitaciones? ¿Por ventura no se le ha visto mucha veces en mi coche por las calles de Londres?

KEAN Sí, monseñor; esas pruebas de vuestra bondad son evidentes, y juzgando por ellas,

todo el mundo creerá que puedo solicitar de su alteza los más grandes favores, todo el mundo excepto...

PRÍN. ¿Excepto quién?

KEAN Excepto yo, monseñor, que no debo de confundir las benévolas manifestaciones de vuestra alteza, con la verdadera amistad, pues por mucho que ellas halaguen mi amor propio de artista, no pueden disipar ciertas dudas.

PRÍN. ¿Qué dudas son esas?

KEAN Lo que yo deseo solicitar de vuestra alteza no es ninguna de esas mercedes que un príncipe poderoso suele conceder á alguno de sus súbditos, sino un sacrificio de tal índole que únicamente un amigo entrañable dispensaría á otro.

PRÍN. Veamos.

KEAN Si yo dijese á vuestra alteza: «Señor, nosotros los artistas tenemos amores extraños, que no se parecen en nada á los de los demás hombres, pues estos amores la mayor parte de las veces, no traspasan las luces de la batería. Si yo añadiese que entre las mujeres que asisten á las representaciones escénicas solemos elegir una, á la cual convertimos en el ángel inspirador de nuestro genio de artista á quien consagramos por entero nuestra inspiración. Todo lo que hay en nuestros papeles de poético ó de apasionado se lo dedicamos á ella. Los millares de espectadores que llenan la sala desaparecen á nuestros ojos en cuanto se alza el telón, y mientras dura el espectáculo, nada vemos fuera del objeto de nuestro culto. El aplauso del público, aunque lisonjee nuestro orgullo, nos es indiferente, pues sólo ambicionamos un gesto, una palmada, una lágrima de aquella mujer, á quien dedicamos toda nuestra vida, por quien sufrimos, sin quejarnos, las venenosas dentelladas de la envidia y las horribles amarguras de la glogloria.» (Con vehemencia.)

PRÍN. (Mirándole fijamente.) ¿Qué quieres decir?

KEAN. Quiero decir, monseñor, que aunque el amor de los artistas suele ser muchas veces nada más que ideal, experimentamos también celos espantosos. ¿No cree vuestra alteza que el hombre que los inspira debe de compadecer al desdichado que los sufre?

PRÍN. ¡Ah!... ¡Entendido!... Por lo visto tengo la desgracia de ser tu rival... ¿no es eso?

KEAN. Oh, señor, esa palabra supone igualdad, y yo no soy tan insensato que pretenda competir con el Príncipe de Gales.

PRIN. ¡Hipócrita! ¿Y qué puedo yo hacer para tranquilizar al ilustre Kean?

KEAN. Amar á todas las mujeres hermosas de Inglaterra, á todas, menos...

PRÍN. Menos á la condesa Elena, ¿no es cierto?

KEAN. Sí, monseñor.

PRÍN. ¿Conque es la bellísima condesa de Koefeld la dama de tus pensamientos? ¡Y yo, torpe de mí, que no había sospechado nada! ¿Eres su amante?

KEAN. No, monseñor. La pasión que me inspira la Condesa no es más que ese sentimiento ideal de que hablaba á su alteza hace un instante, pero en ese amor artístico, en ese amor desligado de toda idea impura, cifro toda mi vida, más que mi vida, mi gloria, monseñor.

PRÍN. Pero aun suponiendo que yo abandone el puesto, no podrás impedir que lo ocupe otro.

KEAN. ¿Y eso qué importa? ¡A otro podré vencerle ó podré matarle!

PRÍN. ¡Tú eres su amante!

KEAN. Repito que no, monseñor; pero si vuestra alteza experimenta por mí un sentimiento de amistad, yo le ruego que tenga compasión de este pobre actor. Ved, monseñor, sólo al hablar de ella me olvido de todo. ¡Ya va á empezar la función y todavía no estoy vestido!

PRÍN. Entonces te dejo.

KEAN. ¿Vuestra alteza me promete?...

PRÍN. Confiesa que eres su amante.

KEAN — No puedo confesar lo que no es cierto.

PRÍN. — Adiós, Kean. Voy á aplaudirte.

KEAN — ¿En vuestro palco?

PRÍN. — No lo sé. A medias confidencias, medias promesas.

KEAN — Pero yo no puedo decir más de lo que he dicho. Haced lo que gusteis, monseñor.

PRÍN. — (Con ironía.) Gracias por el permiso, señor Kean. (Vase.)

ESCENA VI

KEAN y SALOMÓN

SAL. — Pronto, señor, vístase usted.

KEAN — (Cogiendo la ropilla.) Venga... ¡Amigos! No hay amistad más que entre iguales... Y yo, estúpido que llegué á creer en la sinceridad de su afecto. (Llaman á la puerta secreta.) ¿Quién llama?

FLORA — Soy yo, caballero.

KEAN — (Abriendo.) ¡Flora! ¿Qué sucede?

ESCENA VII

DICHOS, FLORA; después DARÍO, el TRASPUNTE y por último PISTOL

FLORA — Mi ama ha olvidado su abanico.

KEAN — ¿Aquí? ¿Tú lo has visto, Salomón?

SAL. — No, señor.

FLORA — La señora Condesa lo tenía en mucha estima. Como que era un regalo del Príncipe de Gales.

KEAN — ¡Ah! ¿Conque era regalo de su alteza? Acaso lo habrá olvidado en el coche.

FLORA — Es posible... Voy corriendo...

KEAN — Toma, hija mía. Si tu ama ha perdido el abanico, no es justo que tú pierdas la propina.

FLORA — Gracias, señor Kean. (Vase.)

KEAN (Llamando.) ¡Darío!... Por dónde andará ese imbécil de peluquero. ¡Darío!

SAL No grite usted... Hay que economizar la voz... Son seis actos... Yo le llamaré. (Desde la puerta.) ¡Darío!

DARÍO (Entrando.) Aquí estoy. (Trae una peluca en la mano.)

KEAN (De mal humor.) ¿Por dónde andabas?

DARÍO Perdone usted, señor Kean.

KEAN De murmuración en algún cuarto, ¿eh? Venga la peluca.

TRAS. (Con el ejemplar.) ¿Se puede avisar al público?

KEAN Sí. Ya estoy listo.

TRAS. En seguida.

KEAN Mientras Darío me arregla, mira á ver si encuentras ese abanico.

DARÍO ¿Un abanico? Lo pregunto porque hace pocos momentos he visto al caballero que acompañaba á su alteza salir de aquí, con un riquísimo abanico en la mano.

KEAN (Levantándose asustado.) ¿Eh? ¿Al Conde de Koefeld?

DARÍO No conozco al señor Conde. Lo único que puedo asegurar, es que ese caballero no parecía muy satisfecho con el hallazgo.

KEAN ¡Oh, sí!... ¡Era él! ¡Pobre Elena!

TRAS (Desde la puerta.) Se va á alzar el telón.

KEAN Todavía no estoy dispuesto.

TRAS. Pero si acaba usted de decirme que podía avisar.

KEAN Anda al demonio.

TRAS. (Gritando.) ¡Quieto el telón!... ¡Quieto el telón! (Vase y entra en seguida.)

KEAN (Hablando consigo mismo.) ¿Qué hacer? ¿Cómo prevenirla? Yo no puedo ir, ni puedo tampoco enviarle un recado... ¡Es para volverse loco!

DARÍO Señor Kean, la peluca.

KEAN ¡Déjame en paz!

SAL. ¿Oye usted? El público se impacienta.

KEAN (Enfurecido.) ¿Qué me importa á mí el público?... ¡Maldito oficio en que no somos dueños ni de nuestra alegría, ni de nuestro dolor; maldito oficio! Pues bien, basta de far-

sas; basta de hacer el papel de autómata... No trabajo esta noche...

SAL. ¿Qué dice usted? (Atónito.)

KEAN Lo que acabas de oir. ¡Que no trabajo!

TRAS. ¡Le obligarán á usted!

KEAN ¿Quién?

TRAS. El comisario.

KEAN ¡Qué venga!

SAL. En nombre del cielo, señor... Mire usted lo que hace... Lo llevarán á la cárcel. (Entra Pistol.)

KEAN Mejor. Ya he dicho que no trabajo.

PISTOL ¿Qué dice? (Aparte.)

TRAS. Está hecha la entrada.

KEAN Que se devuelva el dinero.

TRAS. Pero eso no es posible.

KEAN ¡Dejadme en paz! No, no represento.

TRAS. Corriente. (Aparte.) (Yo no soy el beneficiado.)

PISTOL (Al lado de Kean.) ¡Pobre tío Bob! ¿Qué va á ser de nosotros?

SAL. (Lo mismo.) ¡Ese desgraciado no podrá pagar los gastos de la función!

PISTOL ¡Mis pobrecitos hermanos no tienen la culpa de nada, señor Kean!

SAL. ¡Vamos, señor, por ellos, hágalo usted por ellos!

PISTOL Mañana no tendrán pan que llevarse á la boca.

KEAN (Vencido.) ¡Basta! ¡No puedo más! ¿Dónde está Darío?

DARÍO Presente. (Asomando la cabeza por detrás de los vestidos.)

KEAN ¿Y el traspunte?

SAL. (A Pistol.) Anda, vé á buscarle.

PISTOL Aquí está.

TRAS. ¿Me llamaba usted?

KEAN Sí. Mi espada.

TRAS. (Retrocediendo.) ¡Eh!

SAL. ¿La espada?

KEAN ¡Claro! La espada... ¿De qué te asombras? ¿Con qué voy á matar á Polonio? (Al traspunte.) Manda que empiecen...

TRAS. Voy.

KEAN Pero antes sal á decir que me encuentro indispuesto, que estoy enfermo, lo que quieras.

TRAS. En seguida.

SAL. Ya era tiempo. Los espectadores empezaban á romper los asientos.

KEAN No les falta motivo. El actor se debe al público en primer término. Vamos, burro de carga, ya que estás bien enjaezado, anda á tirar del carro de Shakespeare.

TRAS. ¿Puedo hacer el anuncio?

KEAN Sí. ¿Hay mucha gente?

TRAS. Un lleno.

KEAN Pues vamos. (En el momento de salir todos cae el telón y en seguida aparece el Traspunte, pasa por delante de él avanza hasta el centro del escenario, y se inclina profundamente.)

TRAS. Respetable público: encontrándose ligeramente indispuesto el primer actor Edmundo Kean, se recomienda á la indulgencia de los espectadores.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

La escena representa un salón con sillones góticos

ESCENA PRIMERA

KEAN y OFELIA en la escena. En un palco CONDE y CONDESA DE KOEFEL y después el PRÍNCIPE DE GALES. En la última fila de butacas el COMISARIO de policía. Cuando lo indica el diálogo SALOMÓN y acompañamiento aparecen también en escena (1)

KEAN Ser ó no ser, hé aquí todo el problema.
¿Cuál es de nuestra alma acción más digna?
¿Sufrir los golpes del destino adverso,
ó luchar contra él y un pecho firme
oponer al torrente de sus males? (Pausa.)
Morir... dormir... ¿No más? ¿Y por un sueño
el dolor,—triste herencia de la carne—
y todos los tormentos se acabaron?
¡Pues sepultemos en el sueño entonces
las inmensas tristezas de la vida! (Pausa.)
Morir... dormir... ¡Soñar, soñar! ¡Acaso!...
¡Ah! Tal es la cuestión... Pues nadie sabe
al dejar estos míseros despojos,

(1) El fragmento que sigue es de la adaptación de *Hamlet, Príncipe de Dinamarca*, de D. Luis López-Ballesteros y D. Félix González Llana.

que sueños son los sueños del sepulcro,
y esta duda á la vida nos sujeta
y prolonga el dolor y la agonía.
¿Pues quién si así no fuera soportara
del tirano el poder que nos oprime;
la torpe lenidad... de la justicia;
de un amor mal pagado las angustias;
de la edad, los quebrantos y rigores,
y la encumbrada vanidad del necio?
¿Quién los sufriera si de tantos males
el filo de un puñal nos libertara?
¿Cómo inclinar la frente sudorosa
gimiendo bajo el peso de la vida,
si el recelo, el temor de que algo existe
más allá de la muerte—
misteriosa región, de la que nunca
tornó ningún viajero—
á la cobarde voluntad no hicieran
los males preferir ya conocidos,
antes que ir á buscar los ignorados?
¡Así el valor cediendo á la prudencia
malogra los impulsos generosos,
y torciendo su curso, las acciones
truécanse al cabo en fútiles designios!
(En este momento aparece Ofelia, cambia de tono y vuelve á fingir locura.)
(¡Ah, la gentil Ofelia!) Hermosa niña,
no olvides mis pecados cuando reces...

OFELIA ¿Cómo os sentís, señor?

KEAN Feliz me siento. Adiós.

OFELIA Señor, adiós: tomad al menos
las gratas prendas que de vos tenía.

KEAN No te dí nada. (Con dureza.)

OFELIA (Con dulzura.) El cielo me es testigo:
Bien sabéis que es verdad lo que ahora os digo
y con ellas me dísteis
palabras de tan suave y dulce aliento,
que sin querer hicísteis
que á ellas agradecido el pensamiento
su valor aumentara
señor, y en mi memoria las grabara.
Pero ya aquel perfume disipado,
recibidlas, que un alma generosa
cuanto en más su valor haya preciado

y cuanto el don la hiciera más dichosa
su esencia ve perdida
cuando tan fácilmente el don se olvida.

KEAN ¡Ah! ¿Eres honesta?

OFELIA ¡Señor! (Ofendida.)

KEAN ¿Eres hermosa?

OFELIA ¿Qué queréis decir?

KEAN Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que haya trato entre tu honestidad y tu hermosura.

OFELIA ¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

KEAN ¡Bueno fuera!... Más fácil es á la belleza transformar la virtud en meretriz, que á la virtud lograr que la belleza la iguale. Antes se dudaba de esto; ¡pero ya está probado!.. ¡Te amé, te amé, Ofelia! (Dulcemente.)

OFELIA Así lo creo, señor.

KEAN (Variando de tono.) ¡Pues no debieras haberme creído!.. ¡No te amé nunca, nunca!

OFELIA Muy engañada estuve.

KEAN Mira, vete á un convento. ¿Por qué has de ser tú madre de pecadores? Yo que soy honrado... á medias... pudiera echarme en cara tales cosas, que más valiera que mi madre no me hubiera parido... ¡Soy soberbio! Vengativo, ambicioso, con más tentaciones criminales que pensamientos tengo para abarcarlas, imaginación para darles forma ó tiempo para ceder á ellas. ¿A qué fin se han de arrastrar entre el cielo y la tierra los miserables como yo? Todos somos lo mismo... No creas á ninguno. Pero escucha. (En este momento entra el Príncipe de Gales en el palco de los condes de Koefel y se pone á hablar en voz baja con la Condesa. Al ver al Príncipe, Kean se fija en él y sin separar los ojos del palco avanza hacia el proscenio.) ¡Ah! (Volviendo á declamar su papel.) Si te casas, cásate con un necio, porque los hombres de talento saben muy bien que vosotras los convertís en fieras. (Vuelve á avanzar hacia el proscenio, mirando de nuevo fijamente al Príncipe.) ¡Ah!

OFELIA (A media voz, maravillada y sin comprender el motivo

de la agitación de Kean.) Señor Kean, señor Kean, ¿qué hace usted?

KEAN ¡Já, já!

APUN. (Sacando la cabeza por debajo de la concha.) Vete, vete á un convento.

KEAN Déjame en paz. (Con furia.)

APUN. (En voz mas alta y dando con el manuscrito en las tablas para llamar la atención del actor.) Vete, vete á un convento.

KEAN (Interrumpiéndole con violencia y dándole un puntapie á la concha.) ¡Silencio, imbécil!... Yo no soy Hamlet, ¿entiendes? (Se arranca la peluca y la tira con violencia.)

SAL. (Asomándose por un lado del escenario.) ¡Se ha vuelto loco!

KEAN (Cada vez con mayor violencia.) ¿Quién dice que yo represento el papel de Hamlet? ¡Yo soy Falstaff el compañero de orgías del Príncipe de Gales! ¡Venid, camaradas Bardolf, Pous y tú, gentil Catalina, llena mi vaso hasta los bordes para que pueda beber á la salud de su alteza, el más corrompido, el más vanidoso de todos los hombres, que lo mismo saborea los amores fáciles de la moza de taberna que los encantos de una ilustre dama!

VOZ (Desde la galería.) ¡Abajo Kean!

COMISARIO (Levantándose en las butacas y dirigiéndose hacia el escenario apresuradamente.) ¡Silencio! ¡Echad el telón!

KEAN Tampoco soy Falstaff, ni Otelo, ni Romeo... sino un saltimbanqui, un miserable payaso. ¡Venga mi corona de cascabeles!... ¡Venga mi cetro de caña y traed otro para lord Melwill, para ese cobarde... raptor de doncellas, que se niega á batirse porque es noble y par de Inglaterra!... ¡Já, já!.. ¡Me ahogo! ¡Socorro! ¡A mí!... ¡A mí!... (Tambaleándose. Salomón y varios le sostienen. Traspunte, comparsas, etc.)

TRAS. ¡El médico del teatro! (Salen llevando á Kean desvanecido.)

DARÍO Por allí. (Limpia la peluca. Cae el telón y por delante de él aparece Salomón, el cual, muy compungido y limpiándose los ojos, dice:)

SAL. Señoras y señores: la representación no pue-

de continuar. El sol de Inglaterra se ha eclipsado. Kean, el célebre, el ilustre, el sublime actor Edmundo Kean acaba de sufrir un ataque de locura. (Se oye un grito de angustia en el palco de la Condesa.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparecen TODOS los que terminaron el cuadro anterior acompañando á KEAN

KEAN ¡Basta! ¡Dejadme, dejadme, no me sujetéis!

TRAS. Señor Kean...

KEAN Dejadme, repito. Si no estoy loco, si me encuentro tranquilo, si he hecho lo que he hecho conociendo su gravedad, su verdadero alcance, sus consecuencias, todo. ¡Ah! ¿Pretendían mofarse de mí porque la esclavitud de la escena me sujetaba? Pues bien. Rompo mis cadenas, recobro mi libertad, y ahora ellos... ellos son los histriones y Kean el caballero.

SAL. ¡No diga usted eso, señor!

KEAN ¿Por qué? ¿Por miedo al castigo?... Aquí le aguardo. Que vengan, que vengan á pedirme cuentas del ultraje. Nada me importa su poder. No soy de los que se humillan, Salomón.

SAL. Entonces hágalo usted por mí.

KEAN Por tí, viejo mío... Tú eres leal, eres bueno, tienes lo que abunda menos en el mundo, tienes corazón; por eso te quiero.

SAL. Pues bien, señor, si usted me quiere, siga mi consejo. Vámonos.

KEAN ¿Dónde?

SAL. Fuera del teatro.

KEAN ¿Fuera del teatro? Eso es poco. Fuera de Londres.

SAL. Mejor.

KEAN Fuera de Inglaterra.

SAL. Mejor aún.

KEAN Pues en marcha. A correr el mundo. A olvidar perfidias. (A los que le rodean.) Ya lo sabéis, compañeros, ¡Edmundo Kean abandona su patria!

ESCENA II

DICHOS y PISTOL; después PRÍNCIPE DE GALES

PISTOL (Entrando.) Señor, el Príncipe de Gales.

TODOS ¡El Príncipe!

PISTOL Sí, acaba de entrar en el escenario y ha mandado retirar á los polizontes que guardaban las puertas.

SAL. (A Kean.) ¡Pronto, finja usted un nuevo arrebato, señor!

KEAN No, no finjo más. Basta ya de farsas. Concluyó la ficción. Si el Príncipe viene á exigirme cuenta de mis actos, á castigarlos, ¡que venga!... Aquí le espero. No me intimida su grandeza ni me espanta su furor. ¡Que entre el Príncipe de Gales!

PRÍN. Aquí me tienes.

KEAN ¡Monseñor!

PRÍN. ¡Quiero hablarte! ¡Que nos dejen solos! (Salen todos.)

ESCENA III

KEAN y el PRÍNCIPE

PRÍN. Una vez más te ha engañado el orgullo. Sí, no vengo ni á recriminarte ni á exigirte que me pidas perdón. No te anuncio castigos ni males... El Príncipe quedó allá, fuera de la escena... En este cuarto de cómico donde suele prepararse la mentira, entra solo el amigo, el admirador, el hombre de rectitud y de corazón, cosas ambas que representan las mayores verdades de la tierra, ¡quizás las únicas!

KEAN (Atónito.) ¿Es posible, señor? ¿No viene vuestra alteza á castigar mi audacia?

PRÍN. ¿Por qué? ¿Porque los celos te arrebataron hace un instante? ¿Porque la pasión se impuso á tu ánimo enardeciéndole? No; yo comprendo la causa de tu ira y la perdono... La ofensa al Príncipe no existe, pero queda la ofensa al público y ésta exige una satisfacción. Saldrás de Inglaterra dentro de ocho días, y vivirás ausente de ella durante algún tiempo. . ¡Aléjate! Los aires de América te probarán bien, pero puedes tener la seguridad de que dejas aquí, entre muchos admiradores, uno que te quiere más que todos.

KEAN ¡Ah, monseñor, tanta bondad me humilla, me enternece. Vuestra grandeza no se funda sólo en la jerarquía; tiene su origen en el alma.

PRÍN. ¡Bah! He venido á tu cuarto á perdonarte; á decirte que el honor de una dama, gravemente comprometido por ti, está salvado. Supongo que la ira no te habrá hecho olvidar los deberes de caballero.

KEAN De ninguna manera. El error no fué de ella, sino mío: ¡el comediante Kean no debió nunca presumir que una alta dama había

de descender hasta él! Bien caro he pagado mi orgullo, monseñor. ¿La Condesa?

PRÍN. A ella me refiero. El Conde de Koefeld encontró en este cuarto el abanico de su esposa. La prueba parecía concluyente... Sin embargo, acabo de declarar que el abanico lo traje yo, después de habérmelo prestado la Condesa, para encargar otro igual, con el objeto de regalárselo á una de mis amigas.

KEAN ¡Otro nuevo favor!

PRÍN. Con hacerlos gozamos los que nos sentimos inclinados á la benevolencia; y ahora, artista inimitable, genio desordenado, ¡adiós! El amigo te despide y te abraza. El Príncipe te desea buena suerte y pronto regreso.

KEAN ¿Y cómo pagar tanta generosidad?

PRÍN. ¡Engrandeciendo el nombre de nuestro país con tu arte maravilloso! Popularizando el teatro de Shakespeare en todas partes.

KEAN Oh, sí: yo juro señor, que en lo sucesivo todos mis pensamientos serán para el arte. Los arrebatos de Kean concluyeron y ahora definitivamente, monseñor.

PRÍN. ¿Qué quieres decir?

KEAN Pienso variar de estado, alteza. Una mujer que como yo siente los nobles estímulos de la escena y que abandona por ella su posición y su fortuna, me ayudará en adelante á interpretar las creaciones de nuestros poetas.

PRÍN. ¿Miss Ana Damby?

KEAN Sí, monseñor, con ella me propongo comenzar una nueva vida, la vida del arte. Ambos sentimos iguales anhelos de gloria y ellos servirán de lazo de unión entre nosotros.

PRÍN. ¡Adiós, Kean!

KEAN ¡Adiós, alteza!

PRÍN. (Llamando.) Entrad, entrad todos. (Entran todos los personajes.) Acabo de perdonar al gran Kean su arrebato, pero él mismo desea imponer una penitencia á su pecado y me anuncia que ha resuelto vivir lejos de Londres una temporada. Lamento su decisión, pero no la contrarío y ahora vosotros, amigos y compañeros del actor sublime, despe-

didle como su talento y su gloria merecen. ¡Adiós, Kean! ¡Adiós, todos!

SAL. ¡Viva el Príncipe de Gales!

TODOS ¡Viva!

KEAN (A Salomón) ¿Estás satisfecho?

SAL. Señor...

KEAN ¡A mis brazos, viejo, á mis brazos!

SAL. (Llorando) ¡Ah!

KEAN Llegó la hora de cumplirte mi promesa... Alégrate, viejo mío... ¡Las locuras de Kean acabaron! (Todos abrazan á Kean.) Voy á cometer la última.

SAL. ¿Cuál?

KEAN La de casarme.

TELÓN

ADVERTENCIA

El actor que interprete el papel de Kean puede sustituir la escena de *Hamlet*, que figura en el cuadro segundo del acto cuarto, con una de *Otelo,* de *Romeo y Julieta*, ó de cualquier otro drama de Shakespeare, siempre que el fragmento elegido sea de índole dramática, pues con esto en nada se falsea el pensamiento del autor. También está autorizado para abreviar la citada escena, si á su juicio, resultase demasiado larga.

